

Título: ENTRE CALLES Y PEQUEÑAS COSAS

Subtítulo del documento:

Archivo y formas de relación de la infancia con el barrio en la ciudad contemporánea.

Aroa Aira

23 de junio de 2026





ENTRE CALLES Y PEQUEÑAS COSAS

Archivo y formas de relación de la infancia con el barrio en la ciudad contemporánea.

Aroa Aira

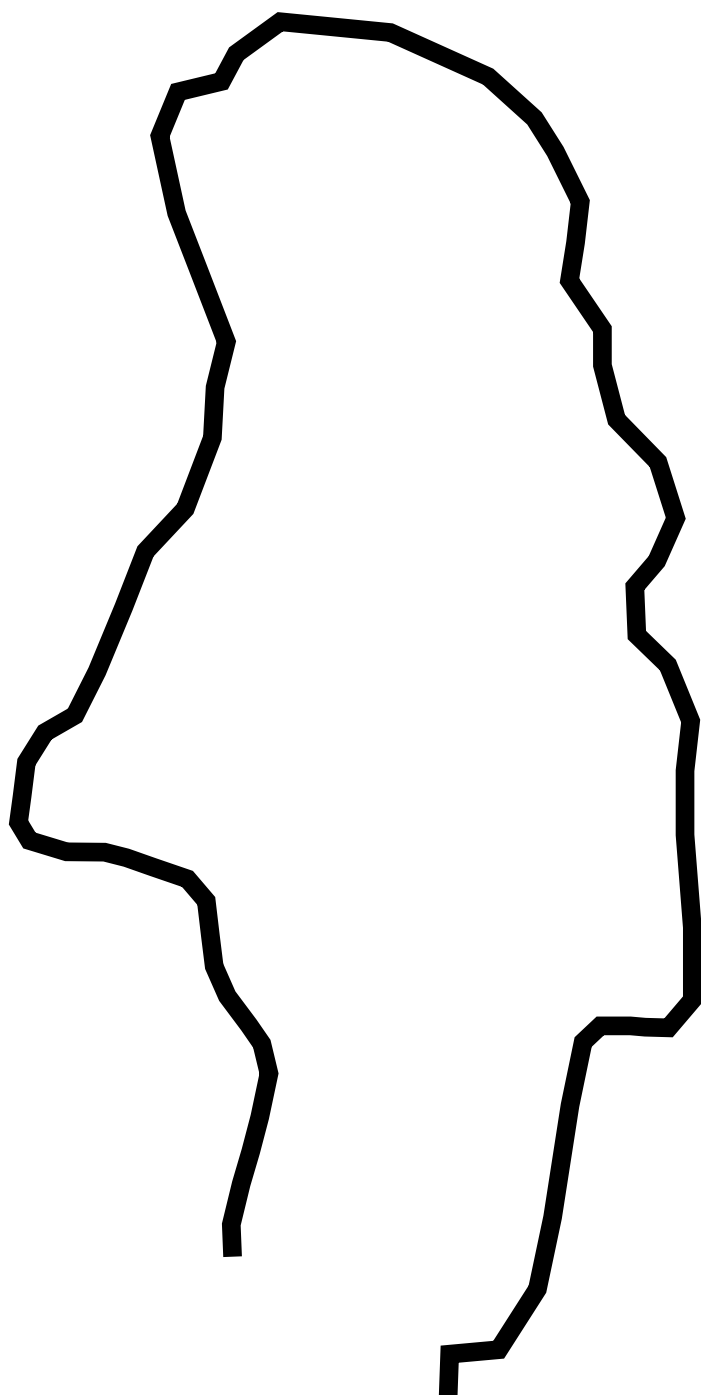
Tutorizado por Laura Malinverni

23 de Junio de 2026

Trabajo de final de máster “Artes visuales y educación: un enfoque constructorista”

Curso 2025 - 2026

Universitat de Barcelona



Agradecimientos

A Laura Malinverni por guiarme.

A mis hermanos y a mamá siempre.

A Andrea y Pete por darme cobijo.

A Sabina por ser mi cómplice.

A Berta y Sílvia por acompañarme y darme esta oportunidad.

A todes les niñes que me han robado el corazón.

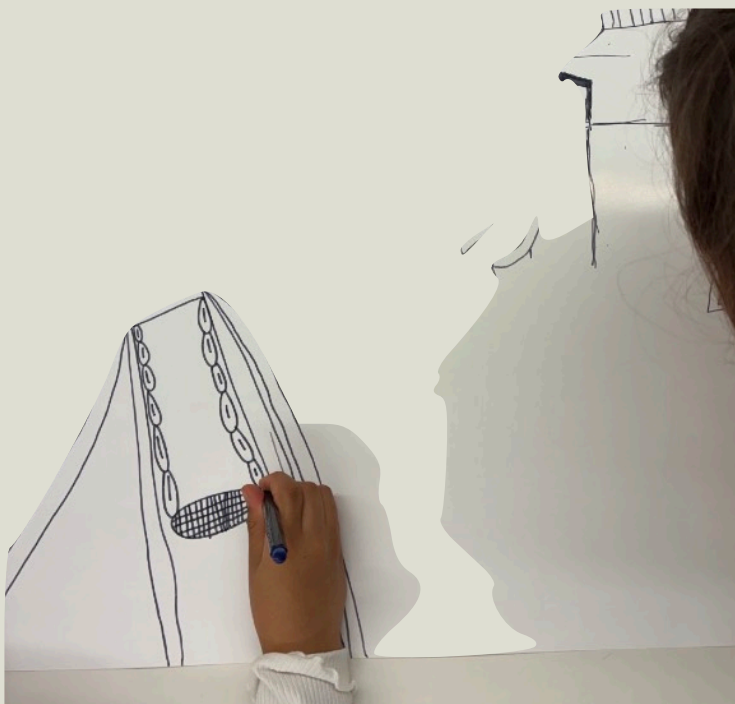
Y a todas que me leéis.

Palabras clave

Infancias, Relaciones, Barrio, Ciudad contemporánea, Formas de habitar, Imaginarios urbanos, Investigación Basada en las Artes.

Keywords

Childhoods; Relationality, Neighbourhood, Arts-Based Research, Contemporary city, coexistence, urban imaginaries.



Resumen

Esta investigación surge de una inquietud relacionada con las formas en que habitamos la ciudad y construimos vínculos con los lugares que forman parte de nuestra vida cotidiana. Desarrollada en el contexto de un proyecto artístico y educativo llevado a cabo junto a niños y niñas de la Escola Cervantes, en el barrio de Ciutat Vella de Barcelona, la investigación explora cómo las infancias experimentan, imaginan y se relacionan con el territorio a través de la práctica artística.

Desde una perspectiva de Investigación Basada en las Artes, el trabajo toma como punto de partida un archivo compuesto por dibujos, conversaciones, recorridos y observaciones producidos durante el desarrollo de un juego de mesa colaborativo sobre el barrio. A través de la lectura del archivo, la investigación explora las relaciones, tensiones e imaginarios que emergen en las experiencias cotidianas de las infancias.

Más que ofrecer respuestas cerradas, esta investigación propone una aproximación situada y sensible a las preguntas que emergen cuando observamos la ciudad desde la experiencia cotidiana de las infancias, invitando a repensar qué formas de relación y convivencia son posibles en el contexto urbano contemporáneo. En ese sentido, el trabajo dialoga especialmente con el Objetivo de Desarrollo Sostenible 11 (Ciudades y comunidades sostenibles), al reflexionar sobre la construcción de entornos urbanos más habitables, inclusivos y atentos a las experiencias cotidianas de quienes los habitan.

Abstract

This research emerges from a concern with the ways in which we inhabit the city and build relationships with the places that form part of our everyday lives. Developed within the context of an artistic and educational project carried out with children from Escola Cervantes, located in the Ciutat Vella district of Barcelona, the study explores how children experience, imagine, and relate to their surroundings through artistic practice.

From an Arts-Based Research perspective, the study takes as its starting point an archive composed of drawings, conversations, walks, and observations produced during the development of a collaborative board game about the neighbourhood. Through the interpretation of this archive, the research explores the relationships, tensions, and imaginaries that emerge from children's everyday experiences.

Rather than offering definitive answers, this research proposes a situated and sensitive approach to the questions that arise when observing the city through children's lived experiences. It invites us to rethink what forms of relationship, coexistence, and belonging are possible within the contemporary urban context. In this sense, the study is particularly connected to Sustainable Development Goal 11 (Sustainable Cities and Communities), as it reflects on the construction of more liveable,

MAPA DE RUTA



0. PREÁMBULO

Desde dónde parto p.1
Antes de aprender la ciudad.



1. METODOLOGÍA

Aproximación al Barri de Ciutat Vella p.6
Contexto del proyecto y territorio. p.6
El juego como dispositivo de relación. p.9
Construcción del archivo y aproximación. p. 12



CONSTELACIONES 2.
Geografías infantiles. p.16
La ciudad que aparece en los dibujos. p.23
El barrio como ecosistema de convivencia. p.31
Imaginar otras formas de barrio. p.39
Aprender a cuidar la ciudad. p.47



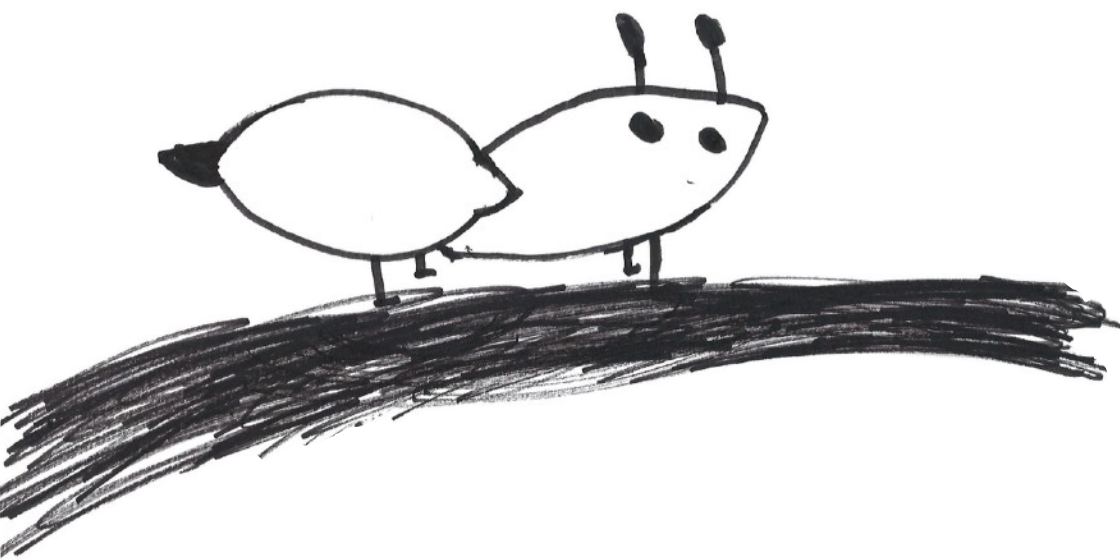
3. CONCLUSIONES

El mapa cuando se desplegó. p.54
Lo que el archivo me enseñó. p.55
Lo que las infancias me enseñaron sobre el barrio. p.57
Lo que permanece abierto. p.60



4. CITACIONES.

Bibliografía p.63
Webgrafía p.65
Referencias fotográficas p.66



0. PREAMBULO

ANTES DE APRENDER LA CIUDAD.

A veces pienso en cómo aprendimos a ordenar el mundo.

Recuerdo de niña el “ordenar la habitación”, la mochila antes de ir al cole, los horarios escritos en agendas pequeñas que casi no entendía pero que había que seguir igual.

Esta investigación nace de una incomodidad pequeña y difícil de localizar del todo.

Una sensación que aparece al caminar por la ciudad y percibir que existen formas de movernos, de permanecer y de relacionarnos con el espacio que aprendemos casi sin darnos cuenta.

Durante mucho tiempo pensé el orden como algo íntimo y doméstico. Había una idea constante de que cada cosa debía ocupar un lugar correcto. El orden aparecía asociado al cuidado, a la tranquilidad y también a una cierta forma de aprobación. Como si estar bien situada en el mundo implicara aprender rápidamente cómo comportarse dentro de él.

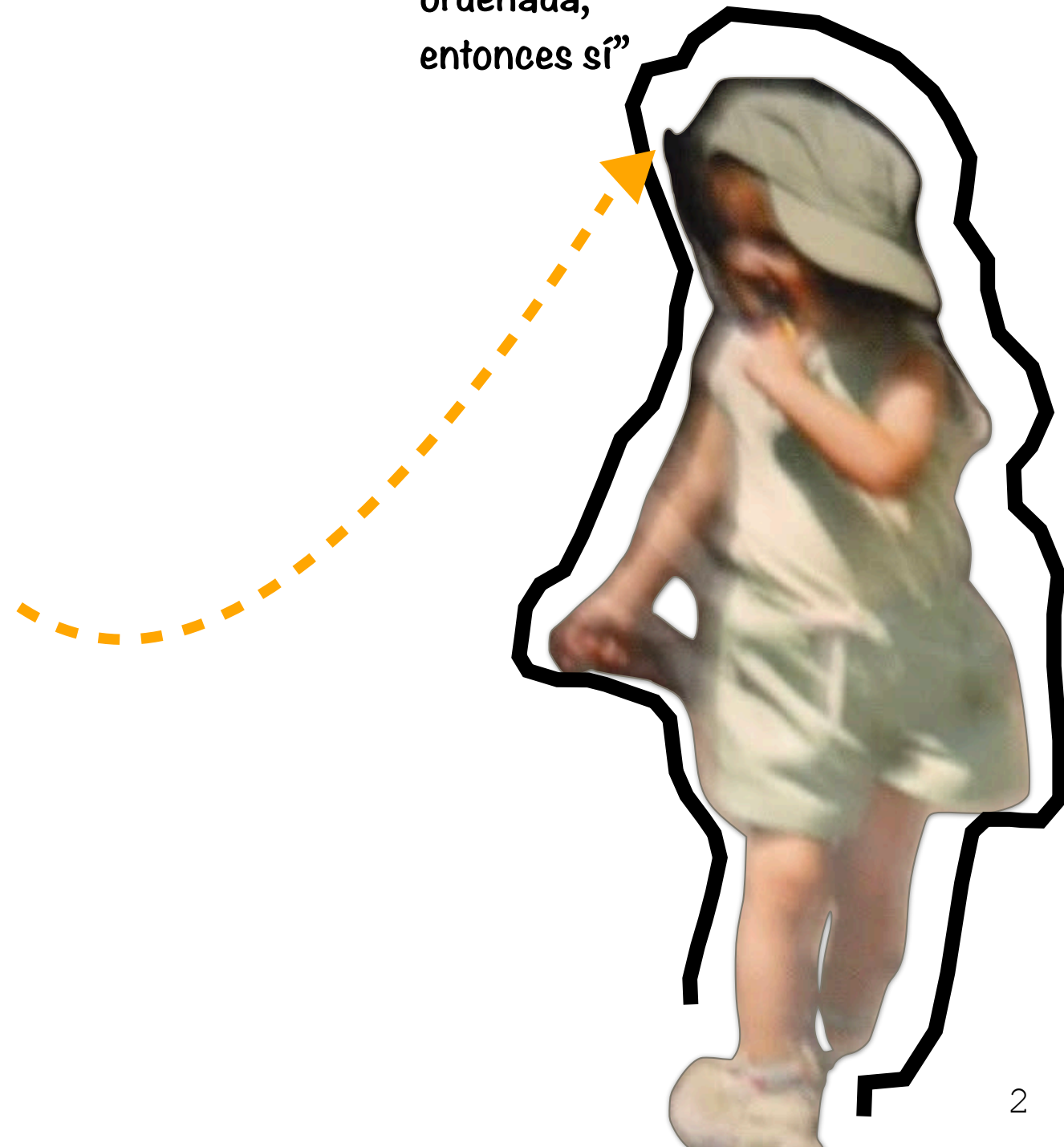
Con el tiempo empecé a percibir que esa lógica no permanecía únicamente dentro de casa o de la escuela. También aparecía en la calle. En la manera de caminar por una acera sin detenerse demasiado. En los tiempos marcados por los semáforos. En la velocidad con la que ciertos espacios parecen exigir ser atravesados. En cómo algunos lugares permiten permanecer mientras otros parecen diseñados únicamente para circular.

Sin saber exactamente cuándo ocurrió, empecé a preguntarme si la ciudad también educa y ordena los cuerpos.

No solo a través de normas visibles o regulaciones explícitas, sino mediante formas más sutiles de organización cotidiana. La ciudad distribuye recorridos, delimita usos, regula tiempos y favorece determinadas formas de encuentro mientras dificulta otras. Existen muchas maneras de ordenar la vida urbana, pero entre todas ellas hubo una que comenzó a llamar especialmente mi atención: la relación que mantenemos con el tiempo y las formas de habitar.

Poco a poco empecé a percibir que gran parte de mis inquietudes tenían que ver con los ritmos que atraviesan la experiencia cotidiana de la ciudad.

“Cuando tengas
la habitación
ordenada,
entonces sí”



Tenía la sensación de que cada vez resultaba más difícil detenerse, permanecer o sostener ciertas formas de atención dentro de la vida urbana contemporánea.

En este sentido, las reflexiones de Byung-Chul Han (2010) permiten pensar cómo la aceleración, la productividad y la autoexigencia atraviesan las formas actuales de relación con el mundo. Desde ahí, la ciudad deja de aparecer únicamente como un escenario físico para convertirse también en una trama de ritmos, expectativas y formas de vida que condicionan maneras de habitar.

Sin embargo, junto a esa percepción, permanece otro recuerdo.

Recuerdo una experiencia mucho más abierta de la calle durante la infancia. Bordillos convertidos en fronteras imaginarias, baldosas que marcaban recorridos inventados, plazas donde quedarse sin necesidad de justificar el tiempo. Había algo en aquella relación con el espacio que no respondía todavía a la lógica de la utilidad ni del desplazamiento constante. El espacio podía transformarse desde el juego, desde la imaginación o simplemente desde la posibilidad de estar.

No sé si esa forma de habitar ha desaparecido o si simplemente se ha vuelto más difícil de sostener dentro de la ciudad contemporánea.

Esta pregunta conecta además con una inquietud que ya había comenzado a explorar durante mi Trabajo Final de Grado. En aquel momento investigaba cómo la aceleración y la lógica productiva transforman nuestra relación con el tiempo, la atención y los espacios de pausa. Sin embargo, al volver sobre aquellas cuestiones tiempo después, empecé a percibir que la pregunta no se limitaba únicamente a cómo gestionamos nuestro tiempo, sino también a cómo construimos vínculos con los lugares que habitamos.

Si en aquel trabajo me interesaba comprender qué ocurre cuando perdemos la capacidad de detenernos, aquí la pregunta comienza a desplazarse hacia otra dirección: **qué ocurre con nuestra relación con la ciudad cuando desaparecen ciertos espacios de permanencia, de encuentro o de atención compartida.** De algún modo, esta investigación nace precisamente de ese desplazamiento.

Esta inquietud empezó a tomar una forma más concreta cuando, en enero de 2026, comencé mis prácticas en la Fundació Joan Brossa dentro de un proyecto artístico y educativo desarrollado junto a niños y niñas de aproximadamente ocho años de la Escola Cervantes, situada en el contexto de Ciutat Vella. El proyecto se desarrollaba además en el marco del programa *Pla de Barris*¹, un contexto especialmente significativo para pensar cuestiones relacionadas con desigualdad urbana, espacio público, comunidad y transformación del territorio.

En aquel momento no imaginaba que la investigación terminaría tomando la forma que finalmente ha tomado.

Lo que comenzó como una aproximación al barrio a través de las prácticas fue transformándose progresivamente en un proceso de investigación. A través de recorridos, conversaciones, observaciones, dibujos y propuestas de imaginación sobre el entorno, comenzó a construirse un archivo compuesto por imágenes, relatos, frases y experiencias vinculadas a la vida cotidiana de los niños y niñas en Ciutat Vella.

¹ Pla de Barris es un programa impulsado por el Ayuntamiento de Barcelona orientado a reducir desigualdades sociales, educativas, económicas y urbanas entre distintos barrios de la ciudad mediante actuaciones comunitarias, educativas, culturales y de mejora del espacio público.

Mi aproximación a este contexto tampoco fue neutra. Vengo de un pueblo pequeño y mi relación con Barcelona ha estado marcada por una experiencia constante de aprendizaje del espacio. Llegar a la ciudad implicó aprender nuevos recorridos, nuevas velocidades y nuevas formas de moverme dentro de ella. Quizá por eso muchas de las cuestiones que aparecían en el archivo resonaban también con inquietudes que me acompañaban desde antes.

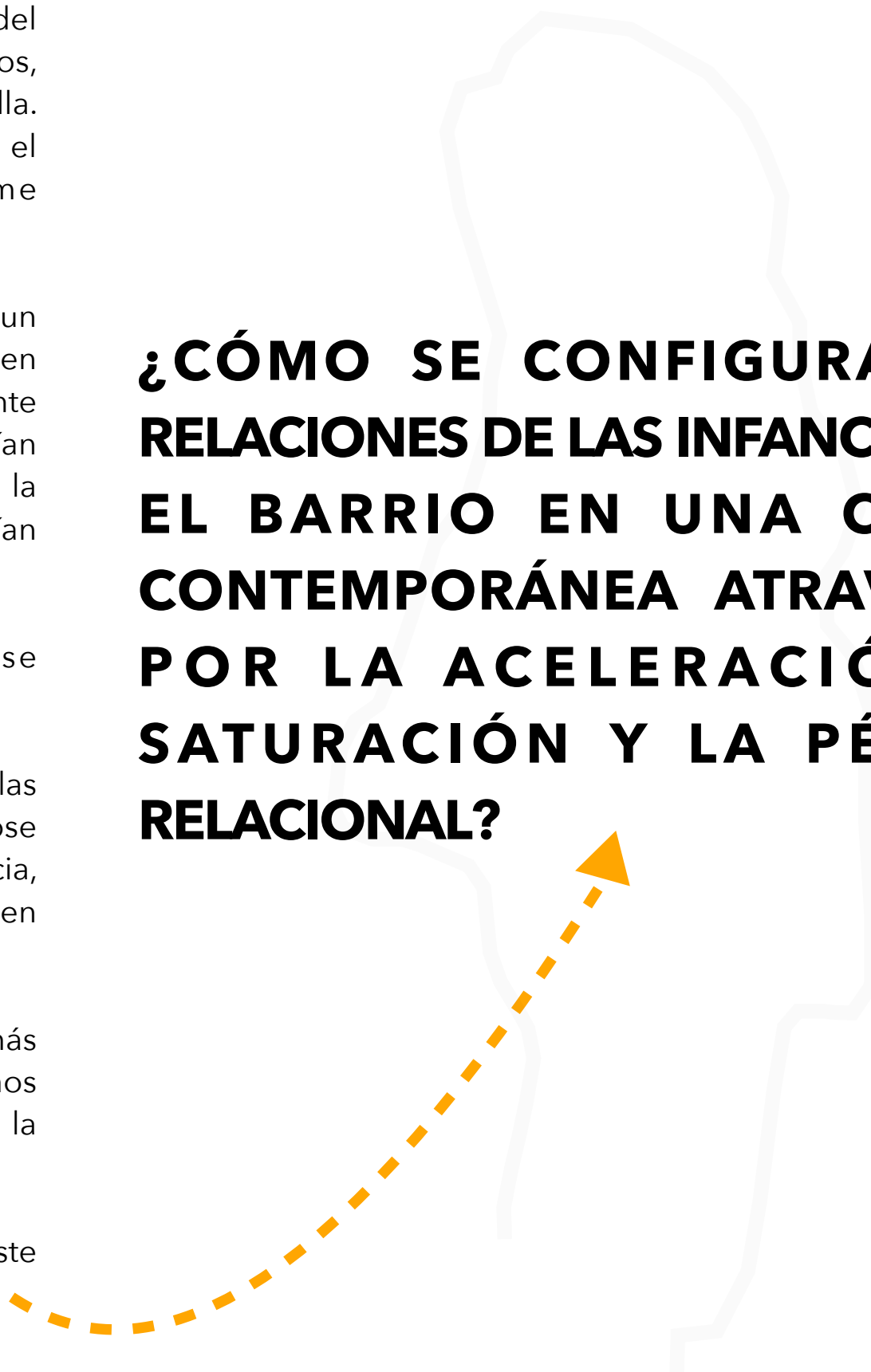
Poco a poco, el barrio dejó de aparecer únicamente como un conjunto de calles, edificios o equipamientos para convertirse en una red compleja de relaciones. Ya no me interesaba solamente qué lugares identificaban los niños y niñas o qué opiniones tenían sobre su entorno, sino las formas en que experimentaban la ciudad, aquello que les afectaba y las maneras en que construían vínculos con los lugares que habitaban.

Las páginas que siguen nacen precisamente de ese desplazamiento.

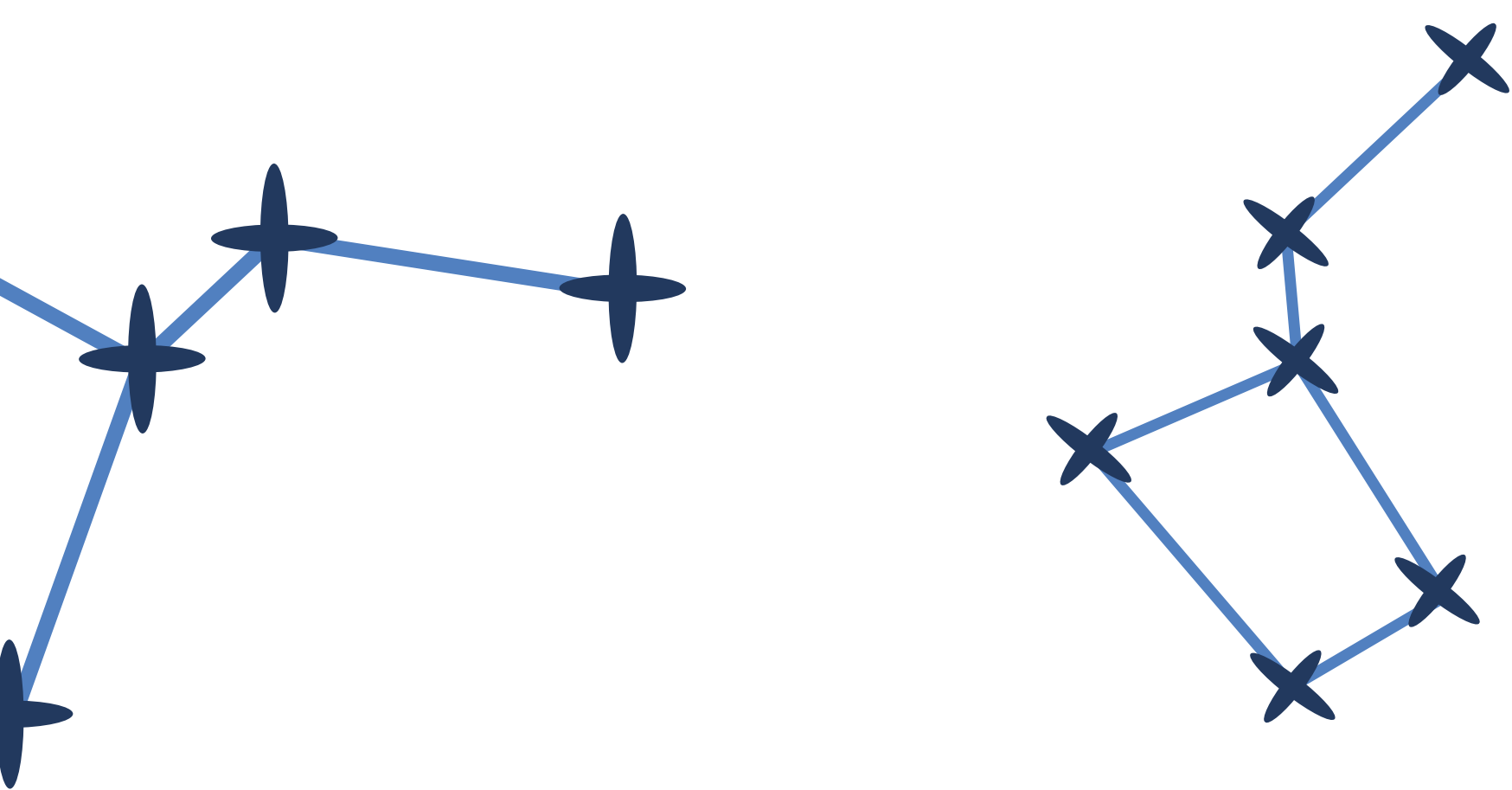
De una investigación que comenzó preguntándose por las percepciones infantiles de Ciutat Vella y terminó encontrándose con cuestiones relacionadas con la convivencia, la pertenencia, los ritmos cotidianos y las formas de habitar que se vuelven posibles dentro de la ciudad contemporánea.

Poco a poco, lo que comenzó a emerger fue una pregunta más amplia relacionada con las formas de relación que construimos con los lugares que habitamos y con las maneras en que la ciudad participa en esos procesos.

Es desde ahí desde donde surge la pregunta que orienta este trabajo:



¿CÓMO SE CONFIGURAN LAS RELACIONES DE LAS INFANCIAS CON EL BARRIO EN UNA CIUDAD CONTEMPORÁNEA ATRAVESADA POR LA ACELERACIÓN, LA SATURACIÓN Y LA PÉRDIDA RELACIONAL?



Metodología





1. APROXIMACIÓN AL BARRI DE CIUTAT VELLA Y CONSTRUCCIÓN DEL ARCHIVO

1.1 CONTEXTO DEL PROYECTO Y TERRITORIO.

Hay espacios donde las cosas suceden simultáneamente todo el tiempo.

Espacios donde resulta difícil decidir exactamente qué mirar primero. Donde las conversaciones se cruzan constantemente, los cuerpos se desplazan de un lugar a otro y las imágenes aparecen tan rápido que muchas veces apenas da tiempo a detenerse en ellas. A veces pienso que ciertos lugares producen precisamente esa sensación: la de que todo está ocurriendo a la vez y de que cualquier intento de ordenar completamente lo que sucede termina resultando insuficiente.

Algo parecido me ocurría durante las primeras semanas entrando en la Escola Cervantes, situada en el barrio de Sant Pere, Santa Caterina i la Ribera, dentro del distrito de Ciutat Vella (Barcelona). La investigación se desarrolla junto a un grupo de aproximadamente veintitrés niños y niñas de tercero de primaria, de entre ocho y nueve años, con quienes compartí las prácticas realizadas desde la Fundació Joan Brossa durante el curso 2025-2026.

El contexto donde se sitúa el proyecto resulta especialmente significativo. Ciutat Vella constituye uno de los territorios con mayor densidad histórica, turística y cultural de la ciudad de Barcelona. Sus calles reúnen una gran diversidad de usos, ritmos y formas de convivencia que, en ocasiones, generan tensiones en el espacio público. Estas dinámicas, junto con las transformaciones constantes del tejido vecinal, configuran el entorno cotidiano en el que viven y crecen muchos de los niños y niñas participantes.

Las prácticas se desarrollan en el marco de *Pla de Barris y Caixa d'Eines*², una iniciativa impulsada por el Ayuntamiento de Barcelona orientada a reducir las desigualdades sociales, educativas y culturales mediante proyectos comunitarios desplegados en distintos barrios de la ciudad. Dentro de este contexto, la Fundació Joan Brossa desarrolla diversas líneas de trabajo artístico en colaboración con centros educativos del territorio, con el objetivo de explorar nuevas formas de relación entre cultura, educación y comunidad.

La línea de trabajo desarrollada junto a la Escola Cervantes, titulada *Ciutats jugables*, explora los cruces entre territorio, juego y participación ciudadana a través de un proceso de creación colectiva orientado a imaginar, narrar y transformar el barrio desde la experiencia cotidiana de las infancias. El proyecto, desarrollado junto al colectivo Lumbung Press, propone la creación colaborativa de un juego de mesa sobre Ciutat Vella

como dispositivo para observar el territorio, generar diálogo y activar procesos de imaginación colectiva sobre los espacios que habitamos.

El colectivo, formado por Erick Beltrán, Antonio Monroy, Antonella Medici y Tim Rudolph, estructura el trabajo a partir de distintas fases centradas en los personajes, los acontecimientos, los espacios y la cartografía urbana del barrio. A lo largo del proceso también participa Col·lectiu Punt 6, cooperativa de urbanismo feminista vinculada al propio territorio, aportando herramientas para pensar los espacios urbanos desde una mirada interseccional, relacional y ecosistémica.

A medida que avanzaban las sesiones, fui comprendiendo que el proyecto movilizaba mucho más que la construcción de un juego de mesa. Los personajes, recorridos, entrevistas, relatos y propuestas de transformación del barrio comenzaban a generar un espacio de observación compartida donde los niños y niñas no solo imaginaban la ciudad, sino que también construían formas particulares de relacionarse con ella.

Las sesiones abrían constantemente conversaciones sobre los lugares que habitaban, aquello que les preocupaba, los espacios que frecuentaban o las transformaciones que imaginaban para su entorno.

Fue precisamente dentro de este contexto donde comenzó a configurarse el archivo que posteriormente daría origen a esta investigación.

² Caixa d'Eines es un programa del Pla de Barris que promueve la colaboración entre instituciones culturales y centros educativos de Barcelona para desarrollar proyectos artísticos y culturales vinculados al territorio y a la comunidad educativa.

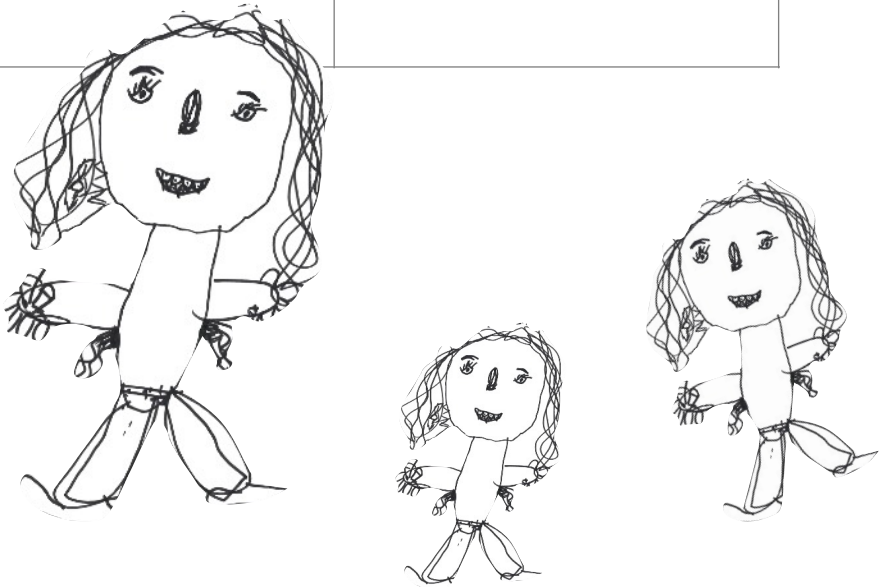
Tabla 1: Calendarización de Encuentros

Sesiones de mediación artística entre la Fundación Brossa, Lumbung Press y el aula de 3ro de la escuela Cervantes de Ciutat Vella

Calendario de actividades en la Escola Cervantes, con el grupo de 3er grado.
Los Viernes de 11:30 a 12:30

OCTUBRE			23	27
NOVIEMBRE		14 VISITA LUMBUNG	21	27 REUNIÓN DE SEGUIMIENTO (Antonella y Antonio)
DICIEMBRE	5	12	19/12 PRODUCCIÓN MAQUETACIÓN	SESIÓN IMPRESIÓN LUMBUNG
ENERO	9	16	23	30 RUTA URBANA
FEBRERO	6 CARNAVAL (Los alumnos no pueden)	13 CARNAVAL (los alumnos no pueden)	20 VISITA BIBLIOTECA	27 Taller compartit TIM+ ANTONELLA
MARZO	6	13	20 HUELGA	27
ABRIL	3/04 PRODUCCIÓN MAQUETACIÓN	10 EXCURSIÓN (los niños no pueden)	17	24
MAYO	8 (ENSAYO JUEGO PILOTO- ESCOLA CERVANTES)	15 (TALLER CREACIÓN TÍTULO I DISEÑO CAJAS- FUNDACIÓ BROSSA)	22/05 PRODUCCIÓN MAQUETACIÓN	29 (SESIÓN IMPRESIÓN LUMBUNG PRESS AMB ALUMNES)
JUNIO	5 (SESIÓN EMBALAJE LUMBUNG PRESS CON ALUMNOS)	12 (FIESTA DE JUEGOS FINAL)		

TODOS	Sesiones de juego. Visitando Lumbung Press + archivo
ANTONIO	Identificación y desarrollo de personajes
TIM	Construcción del barrio/ Archivo
ANTONELLA	Eventos / historias del barrio
ERICK	Mapa y territorio
SESIONES CONJUNTAS	El que finaliza tema, se encuentra con quien inicia el siguiente.
ACTIVACIÓN DEL JUEGO	



1.2 EL JUEGO COMO DISPOSITIVO DE RELACIÓN CON EL BARRIO.

El proyecto se fue desplegando a través de distintas fases de trabajo que permitieron aproximarse al barrio desde lugares muy diferentes. El proceso se desarrolló semanalmente entre noviembre de 2025 y junio de 2026 mediante sesiones de una hora de duración realizadas cada viernes dentro del horario escolar. A lo largo de estos meses, el proyecto fue desplegándose progresivamente a través de distintas propuestas artísticas, narrativas y espaciales que permitieron aproximarse al barrio desde diferentes dimensiones.

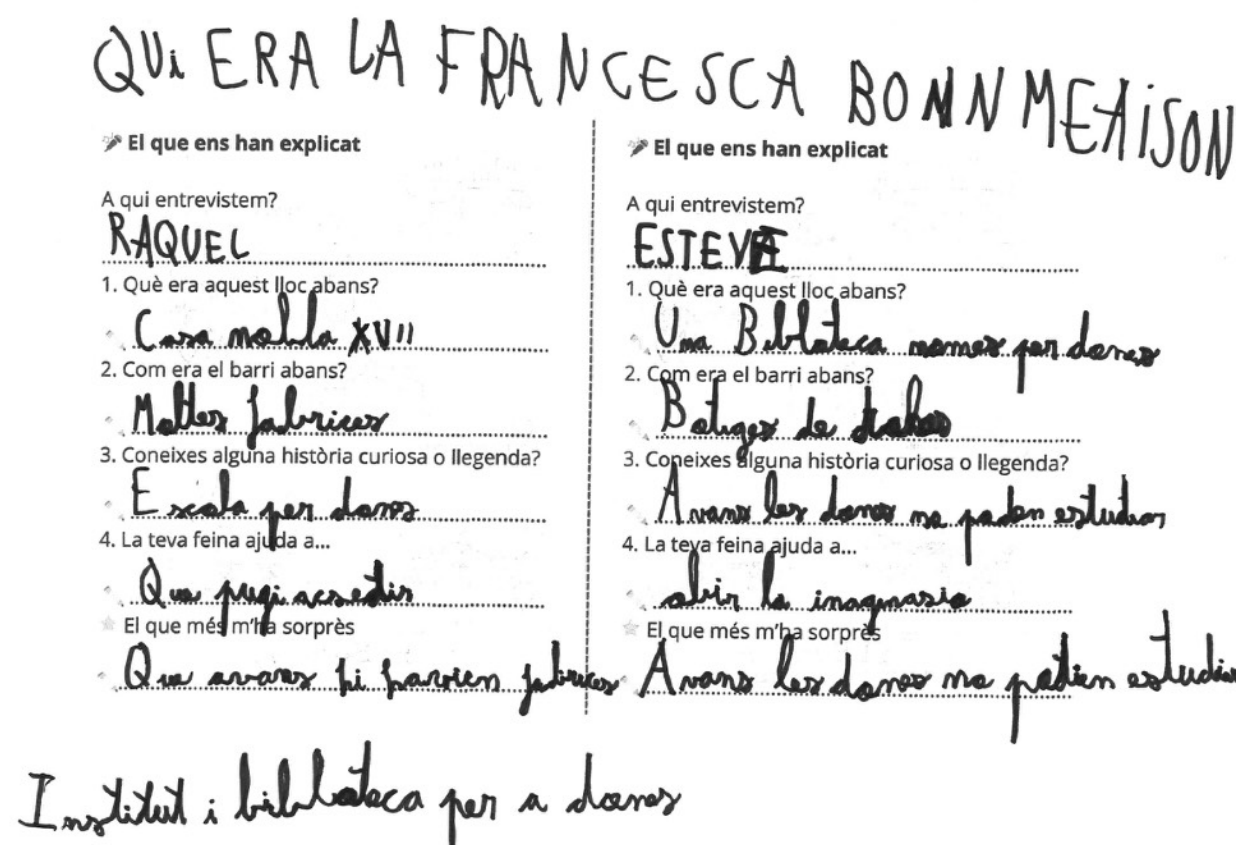
Aunque las sesiones se organizaban alrededor de cuatro grandes bloques de trabajo: personajes, acontecimientos, espacios y cartografía, el proceso no se desarrolló de forma lineal. Las cuestiones que aparecían en una fase reaparecían constantemente en las siguientes, estableciendo conexiones entre materiales producidos en momentos muy distintos del curso.

Las primeras sesiones, acompañadas por Antonio Monroy, se centraron en la construcción de personajes vinculados al barrio. A partir de observaciones y ejercicios de imaginación, los niños y niñas comenzaron a crear tenderos, farmacéuticas, pescateras, turistas, ancianos, animales y criaturas fantásticas inspiradas tanto en experiencias cotidianas como en situaciones imaginadas.

Posteriormente, Antonella Medici introdujo el trabajo con acontecimientos, historias, entrevistas y memoria urbana. Los personajes comenzaron a situarse dentro de relatos vinculados

a diferentes espacios de Ciutat Vella y aparecieron referencias constantes a lugares significativos para el grupo, como la Biblioteca Bonnemaïson, el Mercat de Santa Caterina, el Pou de la Figuera o l'Antic Teatre.

Una parte especialmente relevante del proceso consistió en los recorridos y entrevistas realizadas fuera del aula. Estas salidas permitieron incorporar la experiencia directa del territorio al desarrollo del proyecto. Durante los desplazamientos surgían comentarios espontáneos sobre el ruido, los olores, la presencia de turistas, los espacios de juego o determinados lugares considerados importantes por los propios niños y niñas. Muchas de estas observaciones reaparecerían posteriormente en dibujos, conversaciones y propuestas de transformación.



Ejemplo de entrevista de la sesión de Antonella, realizada en la Biblioteca Francesca Bonnmeïson, en Febrero de 2026.

El tercer bloque, acompañado por Tim Rudolph, introdujo el trabajo con construcción espacial y volumen. A partir de situaciones detectadas durante las fases anteriores, los niños y niñas comenzaron a diseñar maquetas, dispositivos e intervenciones orientadas a transformar diferentes aspectos del barrio. Las propuestas abordaban cuestiones relacionadas con el ruido, la convivencia, la movilidad o la necesidad de espacios de juego, combinando soluciones realistas con planteamientos claramente imaginativos.

Finalmente, Erick Beltrán acompañó la fase centrada en la cartografía y la construcción colectiva del tablero. Los mapas de Ciutat Vella fueron recortados, reorganizados y reconstruidos a partir de las experiencias acumuladas durante todo el proceso.

El territorio dejaba de aparecer únicamente como una representación fija para convertirse en un espacio abierto a la interpretación, la imaginación y la construcción colectiva de nuevas relaciones entre sus espacios.

A medida que avanzaban las sesiones, comenzaron a acumularse dibujos, anotaciones, relatos, conversaciones, registros fotográficos y observaciones producidos en contextos muy distintos.

Al volver sobre ellos tiempo después, comprendí que aquello que había ido emergiendo durante las sesiones no podía reducirse únicamente a la construcción de un juego.

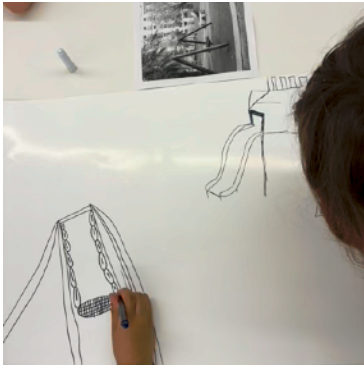
El juego funcionaba, en cierto modo, como una excusa: una excusa para salir al barrio, conversar con quienes lo habitan, detenerse en lugares que normalmente pasan desapercibidos, recordar historias, imaginar otras posibilidades y reflexionar colectivamente sobre aquello que preocupa o se desea transformar.

Pero quizá, sobre todo, era una excusa para prestar atención. Para observar el barrio más allá de sus calles o edificios y empezar a percibir las relaciones, experiencias y formas de vida que lo atraviesan cotidianamente. Y fue precisamente en ese ejercicio de atención donde muchas de aquellas imágenes, relatos y conversaciones comenzaron a adquirir una nueva relevancia, convirtiéndose en el punto de partida de esta investigación.



Título: Muestrario de Encuentros

Sesiones de mediación artística entre la Fundación Brossa, Lumbung y el aula de 3ro de la escuela Cervantes de Ciutat Vella



1



2



3



4



5



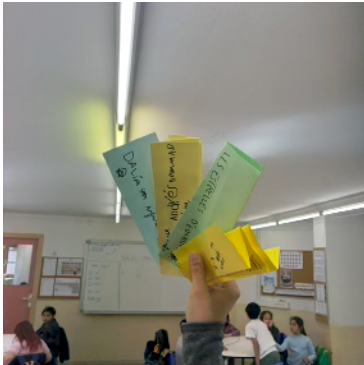
5



6



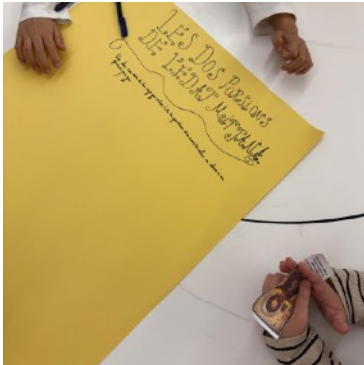
7



8



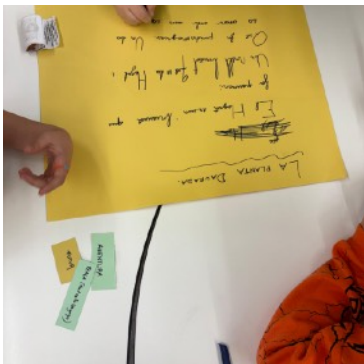
9



10



11



12



13



14



15



16



17



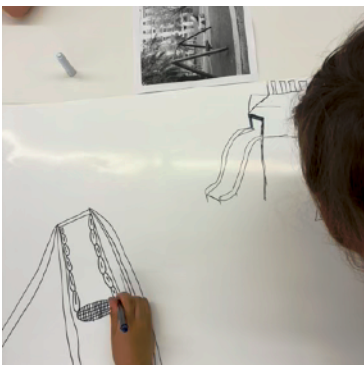
18



19



20



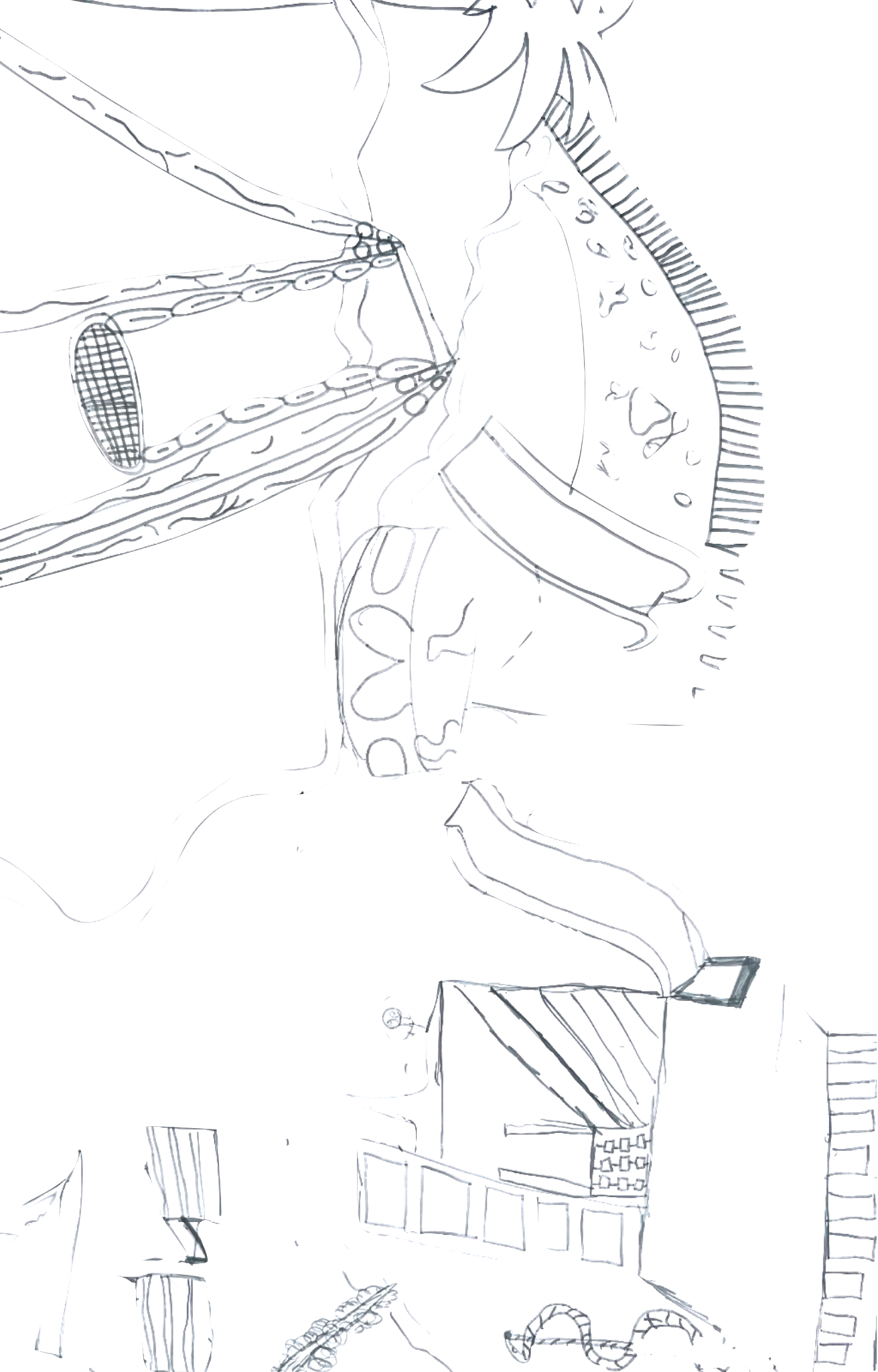
21



22



23



1.3. CONSTRUCCIÓN DEL ARCHIVO Y APROXIMACIÓN METODOLÓGICA.

1.3.1 Habitar el archivo

Durante mucho tiempo sentí que simplemente estaba acompañando un proyecto artístico y pedagógico. Entraba en la escuela cada semana, observaba las sesiones, participaba en algunas dinámicas y acompañaba un proceso que, en aquel momento, no había sido concebido como una investigación académica. Sin embargo, poco a poco empecé a notar que ciertas imágenes permanecían conmigo incluso después de salir del aula. Eran materiales que reaparecían días después de las sesiones y que parecían seguir formulando preguntas incluso cuando el proyecto ya había terminado para mí.

Al principio no sabía exactamente qué estaba buscando dentro de todo aquel conjunto de dibujos, relatos, conversaciones y registros que intentaba ordenar. Con el tiempo comprendí que la sensación era precisamente la contraria: no era yo quien buscaba algo dentro del archivo, sino el propio archivo el que comenzaba a señalar determinadas cuestiones antes incluso de que supiera formularlas teóricamente.

Fue entonces cuando empecé a comprender que aquello que me interesaba no era únicamente qué dibujaban los niños y niñas, sino qué formas de experiencia urbana comenzaban a hacerse visibles a través de sus maneras de narrar, imaginar y habitar el barrio. Es desde ahí desde donde decido activar esta investigación.

Esta decisión sitúa el trabajo dentro de la Investigación Basada en las Artes, entendida no únicamente como una metodología que incorpora prácticas artísticas al proceso investigador, sino como una forma de producción de conocimiento que emerge a través de la experiencia estética, los procesos creativos y las formas sensibles de indagación. Desde esta perspectiva, las prácticas artísticas no funcionan únicamente como herramientas de representación, sino también como modos de generar comprensión, formular preguntas y producir conocimiento sobre la realidad (Barone & Eisner, 2012).

La investigación tampoco parte de una posición neutral. Siguiendo la propuesta de conocimiento situado de Haraway (1988), asumo que toda producción de conocimiento se encuentra atravesada por una posición concreta desde la que se mira, se interpreta y se construye sentido. Mi aproximación al archivo está inevitablemente vinculada a mis propias inquietudes sobre los ritmos urbanos, la aceleración, los vínculos cotidianos y las formas contemporáneas de habitar la ciudad. Lejos de intentar ocultar esta posición, la investigación la reconoce como parte constitutiva del propio proceso metodológico.

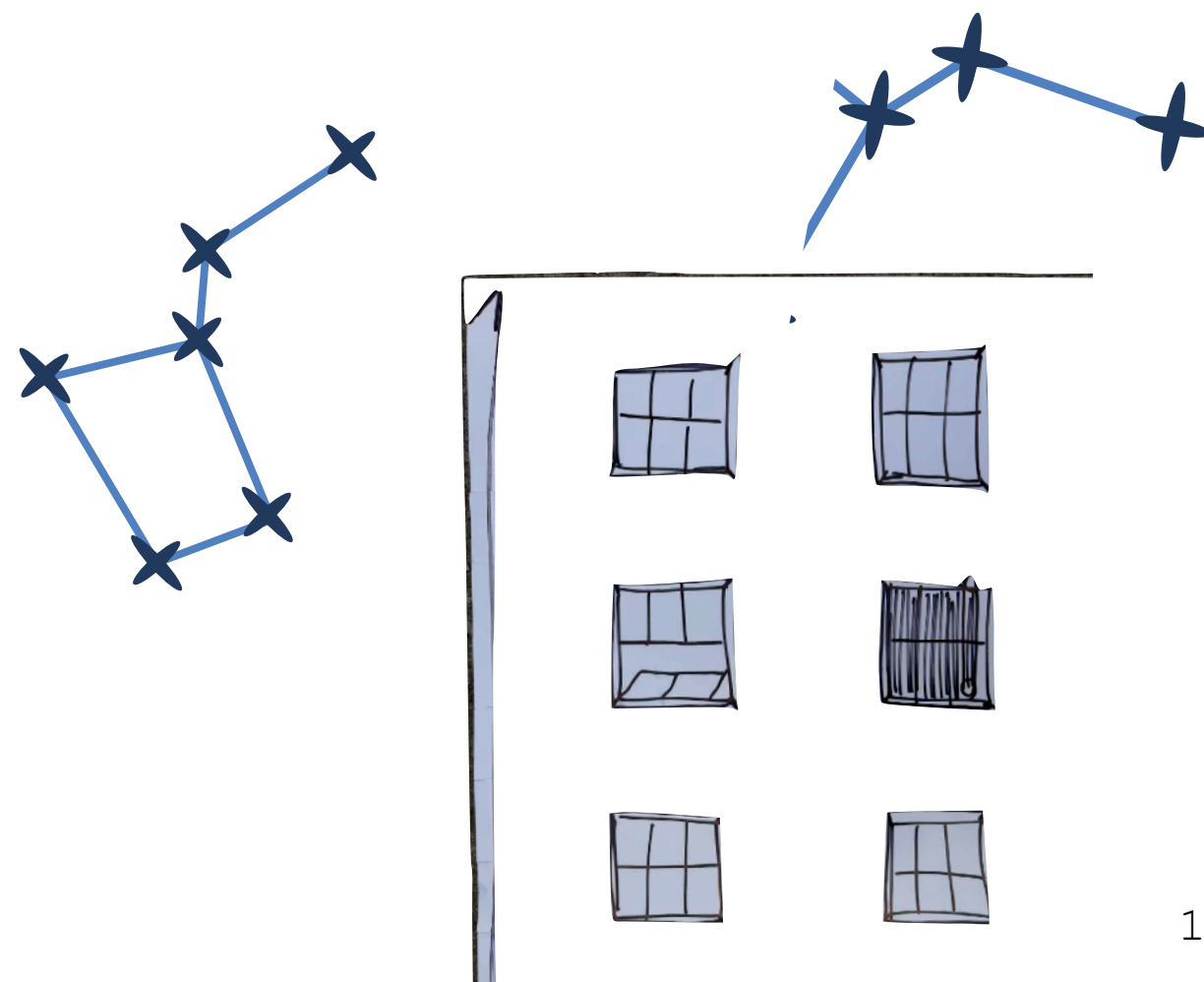
Desde esta perspectiva, el archivo deja de funcionar como una evidencia neutra para convertirse en un espacio de relación y pensamiento desde el que determinadas preguntas pueden desplegarse.

En este sentido, resulta especialmente sugerente la distinción propuesta por Diana Taylor (2015) entre archivo y repertorio. Mientras el archivo remite a los materiales que permanecen; documentos, imágenes, registros... El repertorio permite pensar aquellos saberes encarnados que se transmiten a través de la experiencia, la práctica y la acción compartida.

Esta distinción resulta especialmente relevante para esta investigación porque muchas de las cuestiones que terminaron orientando el análisis no se encontraban únicamente en los dibujos. También aparecían en los recorridos por el barrio, en las conversaciones espontáneas, en los gestos, en las formas de señalar determinados lugares o en las relaciones que se construían durante las sesiones. El archivo con el que trabajo está compuesto tanto por materiales visuales como por las experiencias y afectos que hicieron posible su aparición.

Por ello, más que analizar los dibujos desde categorías previas, la investigación se construye a partir de una convivencia prolongada con los materiales.

Permanecer con el archivo significó volver sobre las mismas imágenes, observar qué cuestiones reaparecían y qué relaciones comenzaban a establecerse entre los materiales.



1.3. 2. Del archivo a las constelaciones

Permanecer junto al archivo durante un tiempo prolongado no solo permitió que comenzara a emerger determinadas preguntas. También hizo aparecer una nueva cuestión: cómo aproximarse a todo aquel conjunto de materiales sin reducir la complejidad de las relaciones que iban surgiendo entre ellos.

Sin embargo, cuanto más avanzaba, más evidente se volvía que los materiales parecían resistirse constantemente a permanecer dentro de una única categoría.

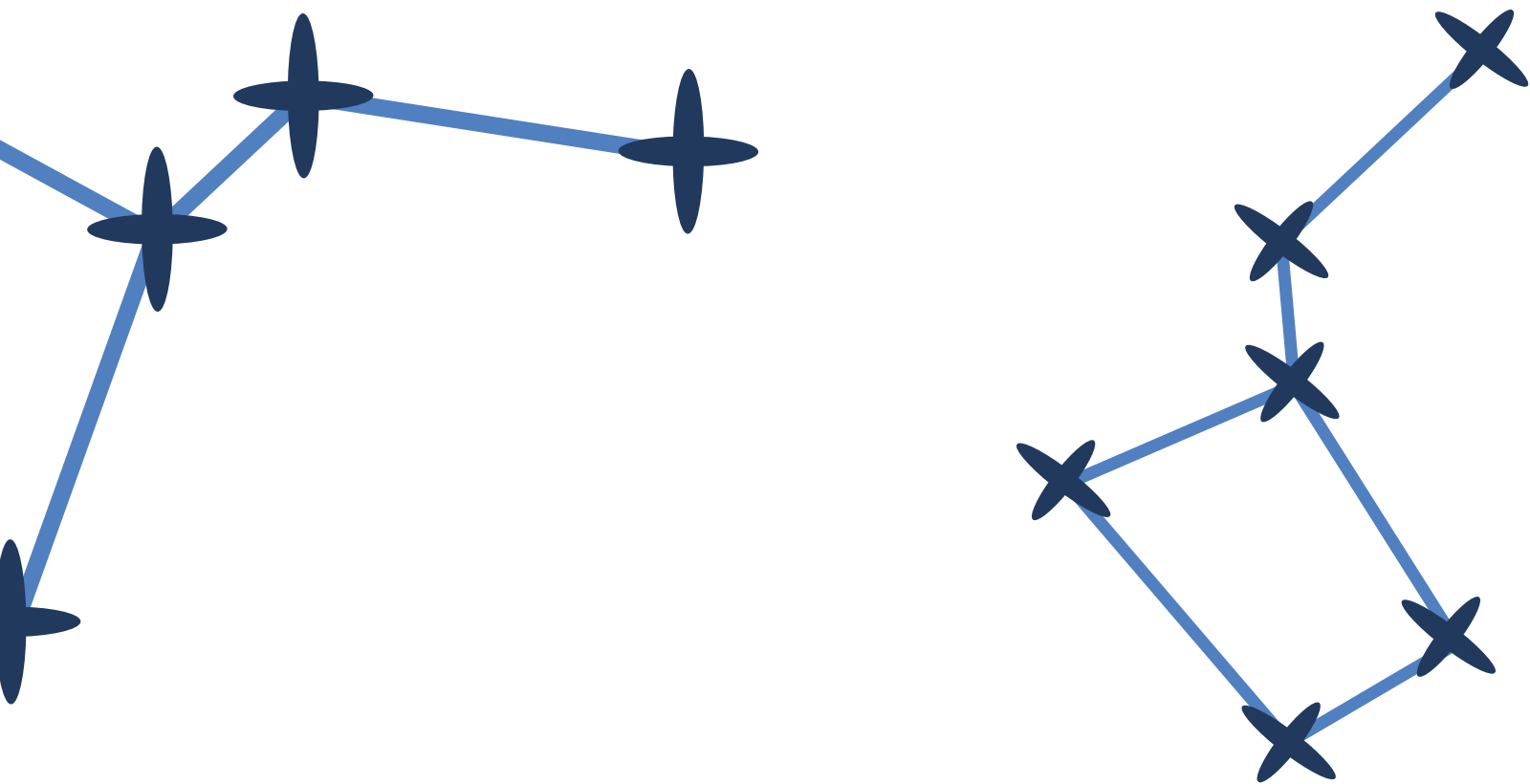
Un mismo dibujo podía hablar simultáneamente de juego y convivencia, de cuidado y conflicto, de imaginación y pertenencia. Del mismo modo, una frase aparentemente sencilla podía abrir cuestiones relacionadas con los ritmos urbanos, las formas de encuentro, la presencia de los animales en la ciudad o la experiencia cotidiana del espacio público. Las temáticas aparecían constantemente entrelazadas unas con otras, dificultando cualquier intento de clasificación rígida o lineal.

Durante un tiempo interpreté esta dificultad como un problema metodológico. Sin embargo, poco a poco comencé a comprender que quizá estaba observando precisamente una de las características más significativas del propio archivo. La experiencia de habitar la ciudad tampoco se organiza en compartimentos cerrados. Las relaciones, los afectos, las preocupaciones y las experiencias cotidianas se superponen continuamente, generando conexiones que no siempre responden a una lógica ordenada.

Fue desde esta constatación que surgió la idea de trabajar mediante constelaciones. Más que funcionar como categorías cerradas, las constelaciones aparecieron como una forma de aproximarse al archivo respetando la complejidad de las relaciones que emergían entre los materiales. La metáfora resulta especialmente útil porque permite pensar cada dibujo, relato o conversación como un punto que adquiere significado en relación con otros puntos cercanos, generando configuraciones que pueden ser observadas desde distintas perspectivas sin quedar completamente fijadas.

Las constelaciones no fueron definidas previamente antes del análisis. Por el contrario, fueron emergiendo progresivamente a través de la convivencia con el archivo. Ciertas preocupaciones reaparecían bajo formas diferentes y determinadas escenas parecían señalar hacia preguntas compartidas. Fue siguiendo estas resonancias como empezaron a configurarse los distintos núcleos de reflexión que estructuran la investigación.

Cada una de ellas reúne materiales visuales, observaciones de campo, conversaciones y referencias teóricas que, al ponerse en relación, permiten explorar diferentes dimensiones de la experiencia urbana infantil. Así entonces, funcionan como una estrategia de análisis y como una forma de escritura que me permite desplegar el archivo sin cerrar completamente sus significados.



Constelaciones





1. GEOGRAFÍAS INFANTILES

CÓMO EL BARRIO APARECE DESDE EXPERIENCIAS PEQUEÑAS Y COTIDIANAS

A veces pienso que los niños y niñas conocen el barrio desde detalles que los adultos hemos dejado de mirar hace tiempo.

No necesariamente desde grandes monumentos, nombres oficiales o recorridos organizados, sino desde pequeñas escenas cotidianas que se repiten lentamente hasta volverse importantes. Un perro que siempre duerme en la misma esquina. Una tienda concreta. Un balcón desde donde alguien observa la calle. El olor de determinadas plazas. Un camino que se hace todos los días para ir a la escuela. Un árbol donde siempre aparecen pájaros...

Quizá habitar un lugar también tenga que ver con eso: con aprender a reconocer pequeñas presencias cotidianas que terminan construyendo una relación afectiva con el espacio.

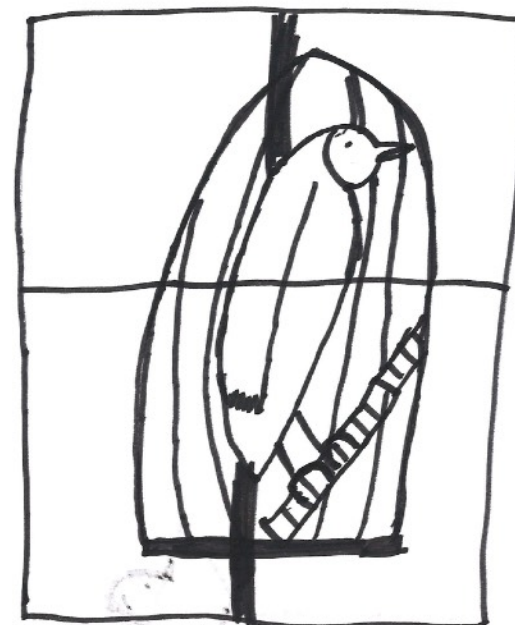
A medida que comenzaba a revisar el archivo generado durante las sesiones en la Escola Cervantes, empecé a darme cuenta de que muchos dibujos parecían organizarse precisamente desde esa lógica de atención hacia lo pequeño.

Más que representar grandes imágenes de Barcelona o lugares reconocibles de la ciudad, aparecían escenas mínimas vinculadas a experiencias cotidianas del barrio.

En uno de los dibujos aparece un perro descansando dentro de una lavandería. En otro, un loro observa la calle desde una ventana. Más adelante, un perro salchicha corre por la calle *Sant Pere del Mig* mientras la correa dibuja una línea extraña alrededor del cuerpo de la persona que lo pasea. También aparece un anciano caminando "muy a poco a poco", una señora con varios perros, gatos observando desde ventanas, pájaros protegiendo su nido o una enorme paloma subida sobre un árbol diminuto frente a un edificio mucho más grande que ella.

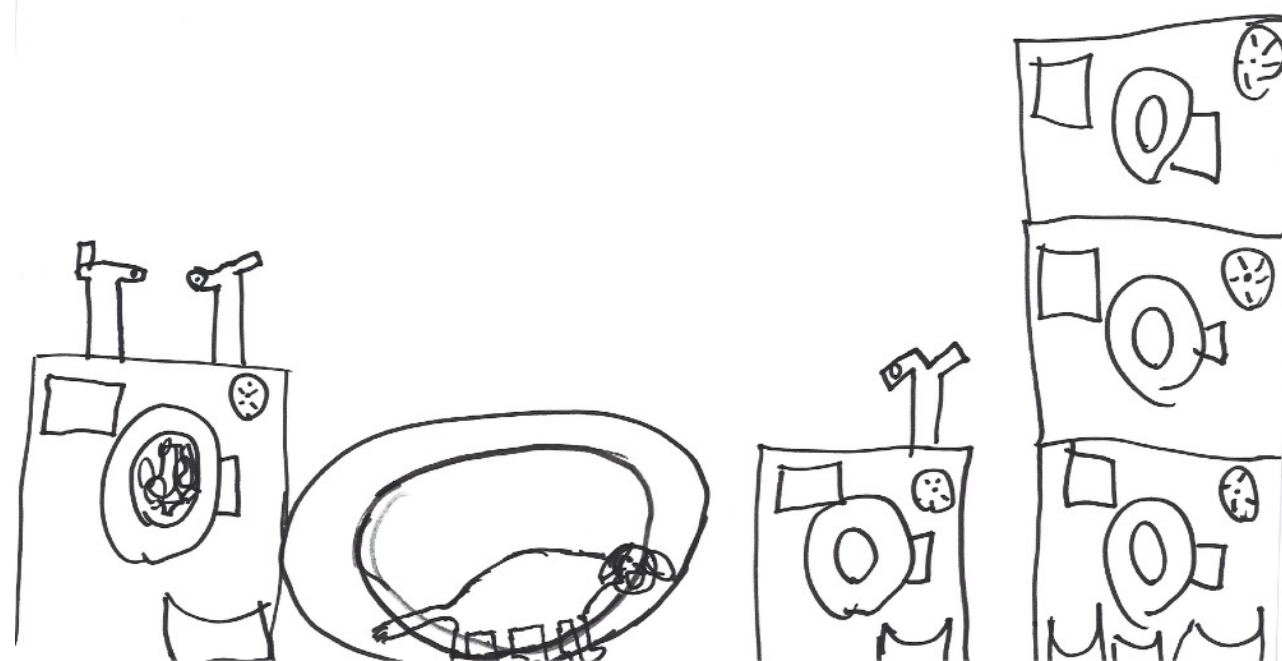
Junto a estas imágenes también aparecen figuras vinculadas a la vida cotidiana del barrio: un taxista, una farmacéutica, o una comerciante pakistaní atendiendo su tienda. Personas que forman parte del paisaje humano de Ciutat Vella y que, desde la mirada de los niños y niñas, parecen adquirir una presencia tan significativa como los propios espacios físicos.

Muchas de estas imágenes no parecen responder a acontecimientos excepcionales. Precisamente ahí reside gran parte de su fuerza. Los dibujos no muestran únicamente aquello



un loro
que veig
per la finestra

un gos a la lavanderia.



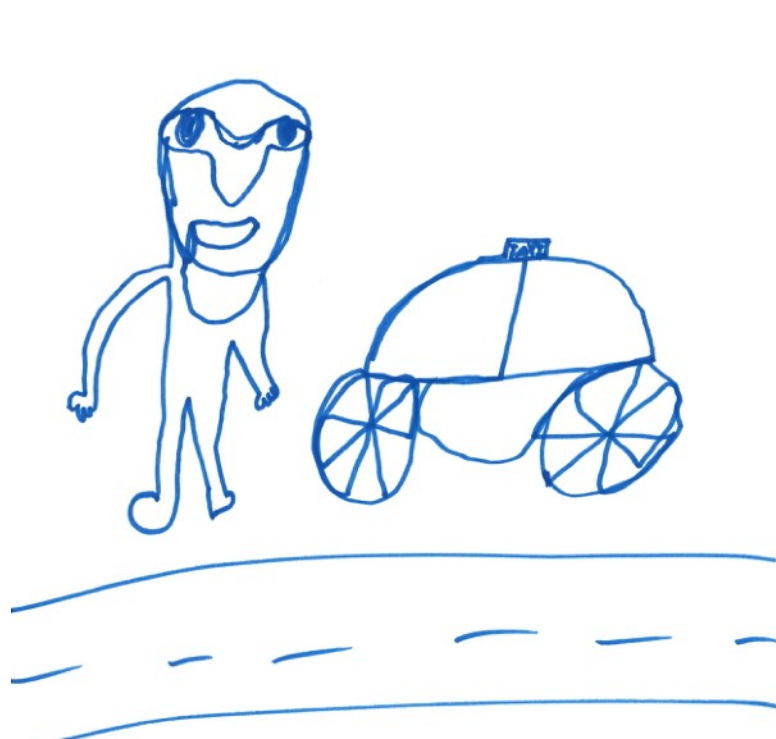
que llama la atención dentro de la ciudad, sino también aquello que se vuelve importante a través de la repetición, el recorrido y la observación diaria. Lo significativo no aparece necesariamente asociado a lo monumental, sino a aquello que forma parte de la experiencia habitual de atravesar el barrio.

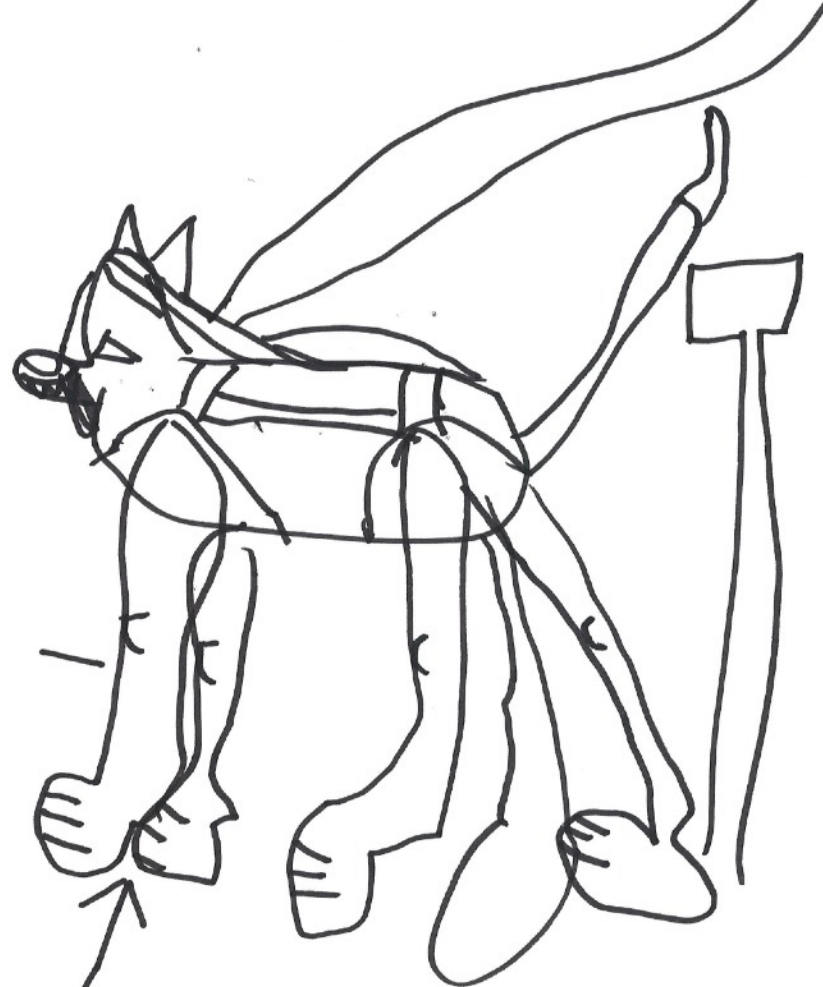
Recuerdo especialmente una sensación que empezó a repetirse durante las sesiones: la impresión de que muchos niños y niñas conocían Ciutat Vella desde una proximidad profundamente corporal y situada. El barrio aparecía constantemente ligado a recorridos concretos, esquina específicas, animales reconocibles, personas habituales o pequeñas situaciones observadas caminando.

Había algo muy distinto en esa manera de mirar la ciudad.

La experiencia urbana parecía construirse desde encuentros cotidianos, trayectos repetidos y relaciones de cercanía que permitían reconocer el territorio desde dentro, a través de aquello que se vive y se observa cada día

Esto conecta con distintas investigaciones sobre geografías infantiles que han señalado cómo la relaciones de la infancia con el territorio no depende únicamente de la existencia física de determinados espacios, sino también de cómo estos son vividos, apropiados y experimentados cotidianamente (Matthews, 1992; Rasmussen, 2004). Desde esta perspectiva, la ciudad deja de entenderse únicamente como una estructura fija para aparecer también como una experiencia relacional construida desde recorridos, afectos y prácticas cotidianas.



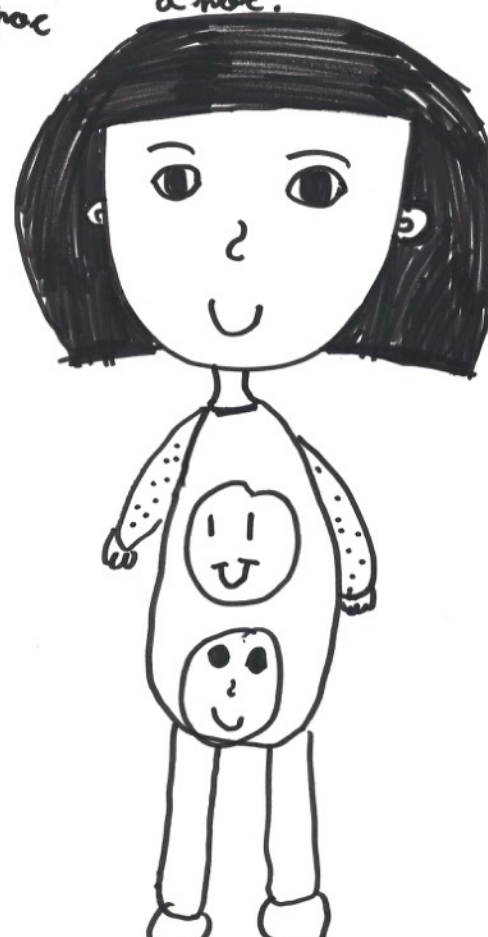


UN GATO QUE ASE PIS.

EL SEÑOR FORT
DEL PARC



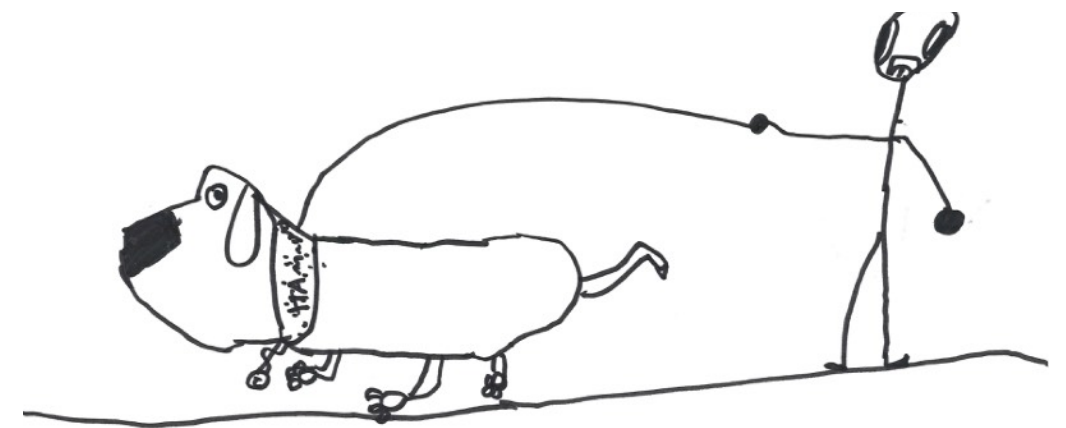
Es un abuelo que camina ay
a por a noc.



Dentro de las investigaciones sobre geografías infantiles, Rasmussen (2004), en su artículo *Places for Children - Children's Places*, propone una distinción especialmente relevante entre los "lugares para la infancia" y los "lugares de la infancia". Los primeros suelen hacer referencia a espacios diseñados específicamente por adultos para los niños y niñas: parques, patios, espacios organizados institucionalmente para ellos. En cambio, los "lugares de la infancia" tienen más que ver con aquellos espacios que los propios niños y niñas producen afectivamente a través de sus usos cotidianos, sus recorridos, sus relaciones y sus maneras de apropiarse del entorno.

Esta diferencia desplaza profundamente la manera de pensar el barrio. Porque muchas veces aquello que vuelve significativo un lugar para la infancia no depende únicamente de su diseño funcional, sino de las relaciones que pueden producirse allí. Una esquina donde siempre aparece un perro. Un trayecto habitual de camino a la escuela. Un banco concreto. Una tienda conocida. Un árbol desde donde se observan pájaros. Espacios aparentemente secundarios que terminan formando parte de la memoria afectiva cotidiana del territorio.

Mientras revisaba el archivo, empecé a pensar que muchos dibujos parecían surgir precisamente desde esa lógica. **No representaban necesariamente espacios "pensados para niños", sino lugares apropiados desde la experiencia cotidiana.** Esto me hizo recordar otras observaciones realizadas por Rasmussen (2004), cuando plantea que la infancia constantemente transforma espacios ordinarios en lugares cargados de significado a través del juego, la repetición y la imaginación cotidiana.



UN Gos SALSITxa
Al ere de + mebe migo

Me interesa especialmente detenerme en esto porque muchas veces la ciudad contemporánea se piensa desde escalas demasiado grandes: infraestructuras, movilidad, planificación, productividad o circulación. Sin embargo, gran parte de la experiencia cotidiana de habitar un lugar quizá se construye desde otra escala mucho más pequeña y relacional, vinculada a olores, recorridos repetidos, encuentros cotidianos o formas de atención aparentemente menores.

Aquí las aportaciones de Doreen Massey (2005) también permiten pensar el espacio no como algo estático o cerrado, sino como una red abierta de relaciones en constante construcción. El barrio dejaría entonces de ser únicamente un escenario físico para convertirse en algo que se produce continuamente a través de los vínculos, desplazamientos y experiencias de quienes lo habitan.



Esta idea resuena constantemente con muchas de las escenas que aparecen en el archivo. Porque Ciutat Vella no aparece representada únicamente como una suma de calles o edificios, sino como un entramado vivo de relaciones cotidianas donde personas, animales, trayectos, sonidos y pequeños gestos van configurando distintas maneras de experimentar el territorio.

En este sentido, las aportaciones de Alison Clark (2023) resultan especialmente sugerentes para esta investigación. La autora propone pensar la infancia no únicamente como objeto de observación, sino como productora activa de conocimiento sobre su propia experiencia cotidiana. Escuchar a los niños y niñas no significaría entonces únicamente hacerles preguntas directas, sino también atender a sus múltiples formas de expresión: dibujos, recorridos, relatos, juegos, conversaciones o maneras de relacionarse con el entorno.

Quizá lo que más me conmueve de muchos dibujos del archivo no es únicamente aquello que representan, sino la forma de atención que parece existir detrás de ellos.

Mientras muchas miradas adultas atraviesan la ciudad rápidamente, organizadas alrededor de horarios, trayectos y obligaciones, muchas de estas imágenes parecen detenerse precisamente en aquello que normalmente pasaría desapercibido.

A veces me pregunto en qué momento dejamos de mirar así los lugares. O cuándo aprendimos que ciertas cosas ya no merecen demasiada atención.

Quizá crecer también implica acostumbrarse progresivamente a atravesar la ciudad sin detenerse demasiado. Aprender a mirar únicamente aquello que resulta útil, rápido o funcional. Como si poco a poco ciertas formas de curiosidad cotidiana quedaran

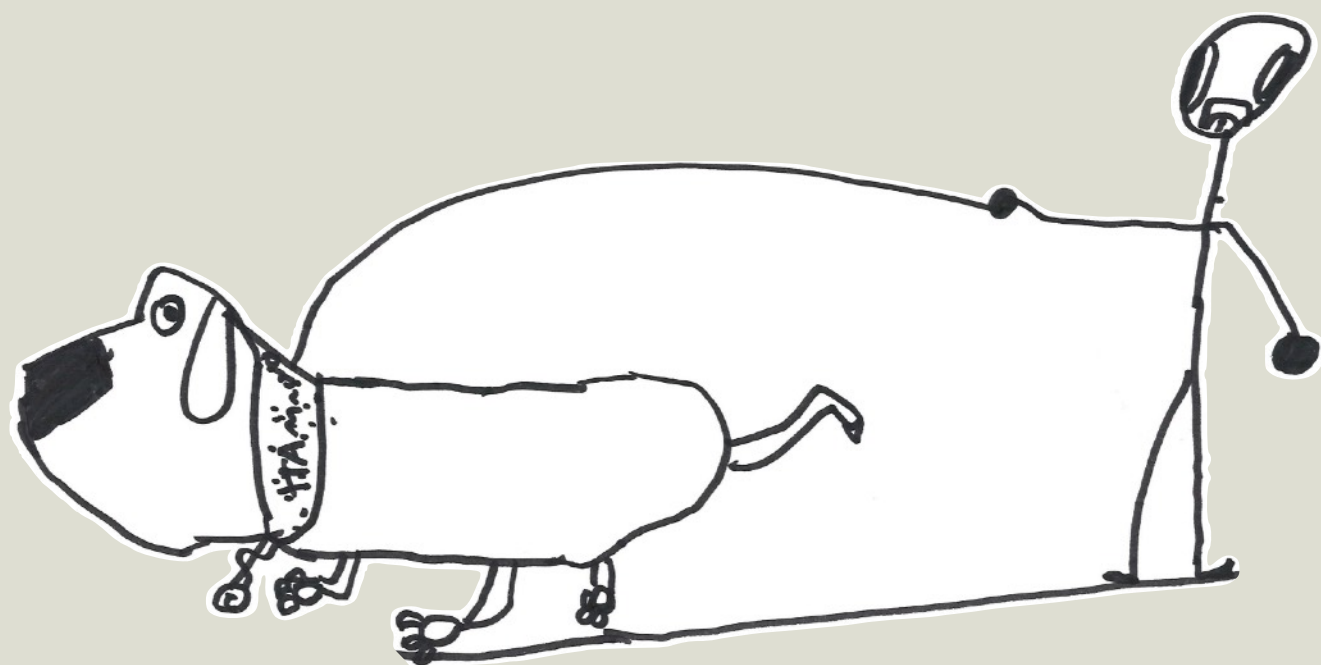
desplazadas por otras maneras más productivas de relacionarnos con el espacio.

Y sin embargo, muchas imágenes del archivo parecen resistirse todavía a esa lógica. No porque los niños y niñas vivan fuera de las dinámicas urbanas contemporáneas, sino porque muchas veces continúan relacionándose con el barrio desde una atención distinta. Una atención que todavía puede detenerse en las pequeñas relaciones que sostienen silenciosamente la vida cotidiana del territorio.

Pienso entonces que quizá las geografías infantiles no hablan únicamente de cómo la infancia habita la ciudad, sino también de algo más incómodo para la mirada adulta: aquello que hemos dejado de percibir mientras aprendíamos a movernos cada vez más rápido.

Y tal vez precisamente por eso este archivo me obliga constantemente a volver a mirar ciertas escenas pequeñas que normalmente pasarían desapercibidas.

Como si los dibujos insistieran silenciosamente en recordar que habitar un barrio no depende únicamente de atravesarlo, sino también de aprender a reconocer las vidas, los ritmos y las pequeñas cotidianidades que lo componen.



2. LA CIUDAD QUE APARECE EN LOS DIBUJOS

INFANCIA ENTRE CIRCULACIÓN Y PERMANENCIA

Hay momentos en que la ciudad del archivo también parece haber olvidado cómo quedarse quieta.

A veces pienso que ciertos barrios funcionan como lugares atravesados constantemente por movimientos que nunca terminan de detenerse. Personas que pasan rápido. Bicicletas. Coches. Terrazas llenas. Turistas haciendo fotografías. Motores. Bocinas. Cuerpos que se cruzan continuamente sin llegar a permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar.

Y quizá lo más extraño es que muchas veces acabamos acostumbrándonos a todo eso.

Al revisar esta parte del archivo, empecé a notar que muchos dibujos parecían compartir precisamente esa misma sensación de movimiento continuo. No aparecía únicamente el barrio como espacio físico, sino una experiencia concreta de la ciudad: calles saturadas, ruido constante, dificultad para jugar o imposibilidad de descansar del todo.

En uno de los dibujos aparece una calle estrecha completamente ocupada por turistas. Los cuerpos forman una fila compacta entre dos edificios altos hasta prácticamente bloquear el paso. No hay apenas espacio vacío. La calle deja de funcionar como lugar de encuentro para convertirse en un espacio de circulación permanente.

En otro dibujo, un niño intenta dormir mientras desde la ventana de su habitación entran sonidos repetidos de coches: "pip pip pip pip". El ruido ocupa casi tanto espacio como el propio cuerpo dibujado. La sensación no es únicamente la de una calle ruidosa, sino la de una ciudad que parece no apagarse nunca del todo.

También aparecen dibujos donde coches y bicicletas ocupan gran parte de la calle mientras frases como "no nos dejan jugar tranquilos" acompañan las imágenes. Otro niño dibuja que "mi jugador no tiene cancha de fútbol". Más adelante aparecen escenas relacionadas con peleas en el barrio, ruido nocturno o calles donde "hay demasiada gente" o dibujos que expresan el deseo de cerrar determinadas tiendas orientadas al turismo. Más que situaciones aisladas, muchas de estas imágenes parecen registrar tensiones que forman parte de la experiencia cotidiana del entorno urbano.





Entre todas esas imágenes hubo una que permaneció conmigo desde las primeras sesiones: el dibujo de un repartidor de Glovo.

Aquel día todavía no estábamos trabajando directamente problemáticas urbanas. Simplemente se había propuesto imaginar personajes habituales del barrio. Entre animales, vecinos, tenderos y personajes inventados, apareció también un rider.

Recuerdo que me sorprendió precisamente la naturalidad con la que aparecía integrado dentro del imaginario cotidiano infantil. No era presentado como algo excepcional. Formaba parte del paisaje habitual del barrio.

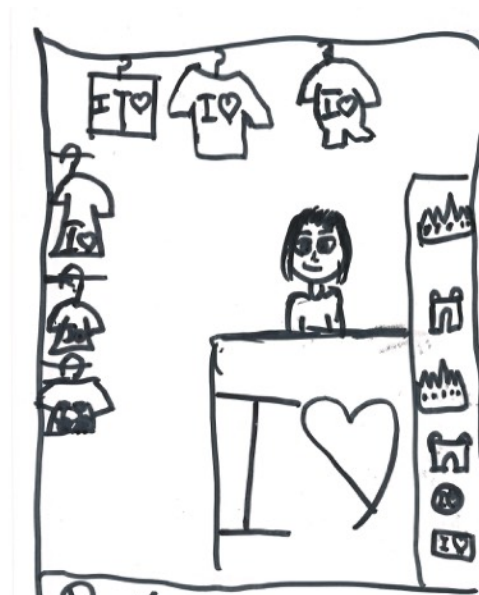
Aquello empezó a desplazar mi mirada.

Porque poco a poco dejé de preguntarme únicamente qué representaban los niños y niñas para empezar a observar qué formas contemporáneas de ciudad comenzaban a aparecer incorporadas dentro de sus maneras de imaginar y narrar el entorno.

Muchos dibujos parecían registrar menos lugares concretos que determinadas condiciones de experiencia urbana: velocidad constante, circulación continua, saturación visual, ruido o dificultad para permanecer.



UN SANYO DAL
GLOBO



Entre ellos apareció también un niño que imaginaba como superpoder la capacidad de moverse a una velocidad extraordinaria. La imagen me llamó especialmente la atención porque parecía condensar muchas de las cuestiones que comenzaban a emerger en esta constelación. La velocidad no aparecía únicamente como una característica del entorno urbano, sino también como una capacidad deseable incorporada dentro del imaginario infantil. El dibujo parecía sugerir cómo determinadas normas contemporáneas de habitar la ciudad terminan convirtiéndose también en formas de aprenderla e imaginarla.

En este sentido, el archivo comenzó a funcionar también como una especie de registro sensible de ciertas transformaciones urbanas contemporáneas. No porque los niños y niñas estuvieran realizando una crítica consciente sobre la ciudad, sino porque muchas de las tensiones que atravesaban el barrio aparecían incorporadas de manera completamente natural dentro de sus formas de imaginarlo.

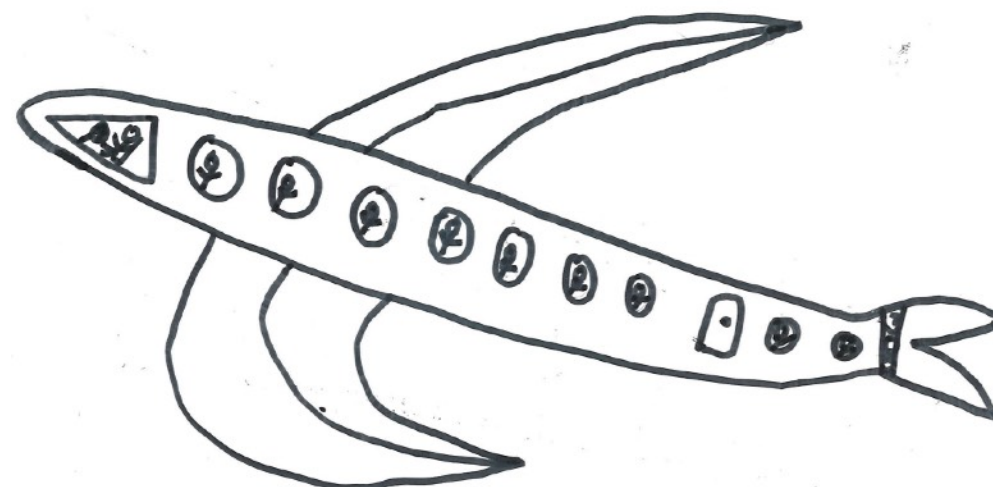
Hartmut Rosa (2022) plantea que las sociedades contemporáneas funcionan bajo dinámicas de aceleración permanente que afectan no solo a la organización del tiempo, sino también a nuestra capacidad de establecer vínculos estables con el mundo. La aceleración no implica únicamente ir más rápido. Implica también vivir atravesados constantemente por estímulos, interrupciones y movimientos continuos que dificultan la experiencia de permanencia.

Mientras leía el archivo, pensaba muchas veces en esa idea. No tanto porque los dibujos hablaran explícitamente de velocidad, sino porque muchas de las escenas parecían organizadas

alrededor de una sensación constante de interrupción. Como si determinadas formas de saturación urbana hubieran pasado silenciosamente a formar parte de la normalidad cotidiana aprendida desde la infancia.

Y quizá precisamente ahí empezó a aparecer una de las cuestiones que más me incomodaban de esta constelación.

No solo que determinadas tensiones urbanas aparecieran dentro de los dibujos, sino la naturalidad con la que lo hacían.



Su problema es que hay
muchos turistas que
van en su avión.

Mientras atravesaba este archivo tenía muchas veces la sensación de volver a encontrarme con preguntas que ya habían aparecido dentro de mi propia práctica artística y de investigación.

Durante mi Trabajo de Final de Grado, cuando trabajé con cuestiones relacionadas con aceleración, saturación y pérdida relacional dentro de la ciudad contemporánea. Muchas de esas preocupaciones aparecían vinculadas sobre todo a la experiencia adulta del tiempo: como la hiperproductividad, el cansancio, la dificultad de sostener espacios de pausa o la sensación constante de vivir atravesados por dinámicas de velocidad.

Sin embargo, algo se había desplazado ahora. Las preguntas seguían siendo parecidas, pero ahora aparecían desde otro lugar: la infancia.

Y precisamente ahí comenzó a resultarme inquietante observar cómo muchas tensiones relacionadas con circulación, interrupción constante o saturación urbana no aparecían únicamente dentro de discursos adultos sobre la ciudad, sino también incorporadas ya dentro de las formas cotidianas en que muchos niños y niñas imaginaban el barrio.

Mientras avanzaba esta investigación, empecé también a asistir a distintas reuniones y espacios vecinales dentro del Consell de Barri de Ciutat Vella. Poco a poco fui escuchando conversaciones relacionadas con turistificación, bicicletas, expulsión vecinal, transformación de viviendas en espacios de colivings o dificultades cada vez mayores para sostener formas de vida cotidiana dentro del barrio.



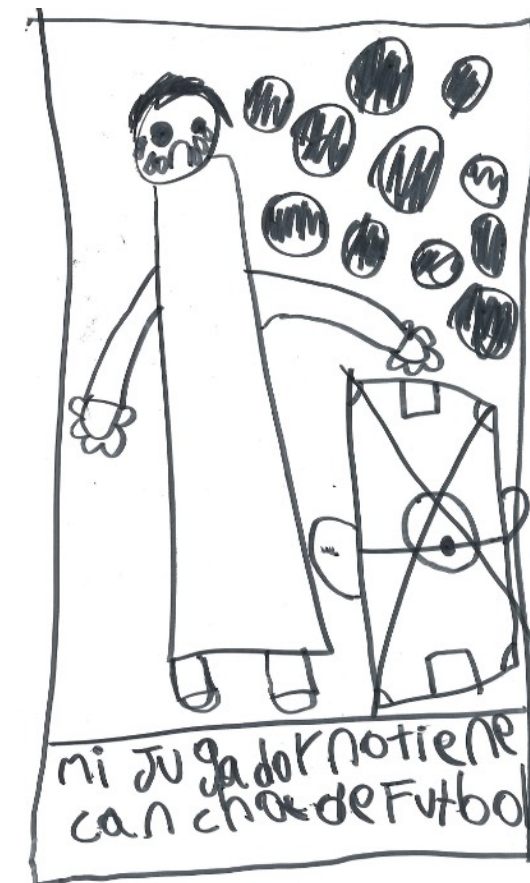
En varias ocasiones compartí también conversaciones con colectivos vinculados al derecho a la vivienda y al territorio, como el Sindicat d'Habitatge. Y aunque las problemáticas concretas cambiaban constantemente, muchas parecían girar alrededor de una misma sensación compartida: la dificultad creciente de sostener vínculos de barrio dentro de un entorno cada vez más organizado alrededor de la funcionalidad económica, el tránsito y el consumo del espacio urbano.

Recuerdo especialmente a una vecina hablando sobre cómo sus hijos estaban creciendo en un barrio que parecía pensado cada vez más para ser utilizado que para ser habitado.



La frase se me quedó grabada. Quizá porque de alguna forma volvía a aparecer también dentro del archivo. No de manera explícita o teórica, sino en pequeñas escenas donde jugar, descansar o simplemente permanecer parecían convertirse progresivamente en acciones atravesadas por ruido, saturación y circulación constante.

En este punto, las reflexiones de Francesco Tonucci (2015) resultan especialmente sugerentes. En *La ciudad de los niños*, Tonucci plantea que pensar la infancia como parámetro de la ciudad no significa únicamente añadir más infraestructuras infantiles, sino preguntarse qué tipo de espacios urbanos permiten realmente autonomía, encuentro y vida cotidiana compartida.



Esta idea resuena constantemente mientras vuelvo sobre el archivo. Porque muchas veces lo que aparece en los dibujos no es únicamente una falta de espacios para jugar, sino una dificultad más amplia relacionada con la posibilidad misma de permanecer dentro del espacio urbano desde la calma, el descanso o el encuentro cotidiano.

La circulación parece más importante que la permanencia. El tránsito más importante que el encuentro y la funcionalidad más importante que la posibilidad de detenerse.

Y quizá precisamente ahí empieza a aparecer una de las preguntas que atraviesan silenciosamente toda esta constelación.

¿Qué ocurre cuando incluso la infancia empieza a aprender la ciudad desde la saturación constante?

¿Y qué ocurre cuando es precisamente la ciudad la que enseña determinadas formas de aceleración, interrupción y circulación continua como parte de la normalidad cotidiana?

A veces pienso que muchas de las imágenes del archivo no hablan únicamente de infancia, sino también del tipo de ciudad que estamos aprendiendo colectivamente a considerar normal.

Una ciudad donde jugar implica negociar espacio, donde descansar resulta difícil y donde permanecer demasiado tiempo parece incomodar.

Y quizá precisamente por eso algunas imágenes continúan volviendo constantemente a mi memoria.

Un niño dibujando bocinas atravesando la ventana de su habitación.

Una calle completamente ocupada por turistas.

Un dibujo que simplemente dice: "no nos dejan jugar tranquilos".

Pequeñas escenas cotidianas que, sin proponérselo, terminan narrando algo mucho más amplio sobre las formas contemporáneas de habitar la ciudad. No solo sobre las condiciones urbanas que atraviesan la infancia, sino también sobre aquello que la propia ciudad enseña silenciosamente acerca del tiempo, la convivencia, el movimiento o la posibilidad de permanecer.





3. EL BARRIO COMO ECOSISTEMA DE CONVIVENCIA

Hay dibujos donde aparentemente no ocurre nada importante. Una paloma enorme subida a un árbol demasiado pequeño, un bicho bola paseándose lentamente, hormigas atravesando rápidamente el suelo, una rata caminando por la calle, periquitos cuidando su nido desde una ventana...

Durante bastante tiempo no supe muy bien cómo leer estas imágenes. Porque no parecían hablar exactamente de las tensiones urbanas que habían aparecido en la constelación anterior. No hablaban directamente de circulación, turistificación o saturación. Tampoco parecían responder únicamente a una lógica imaginativa o anecdótica dentro de las producciones infantiles.

Había algo distinto en ellas.

Poco a poco empecé a notar que muchos de estos dibujos desplazaban silenciosamente la manera de entender el barrio. La ciudad dejaba de aparecer únicamente como infraestructura organizada para cuerpos humanos y comenzaba a configurarse como una red cotidiana de coexistencias entre múltiples vidas, materiales, afectos y formas de presencia.

Los animales aparecían constantemente dentro del archivo.

No como elementos secundarios o decorativos, sino como habitantes activos del barrio. A veces observaban desde las ventanas. Otras veces acompañaban recorridos, protegían nidos o compartían espacio con las personas. En algunos dibujos incluso parecían ocupar un lugar más central que los propios humanos.

Entre todas las imágenes hubo una que permaneció especialmente conmigo. Dos hermanas caminaban por la calle llevando enormes mochilas mientras dos gatos descansaban tranquilamente sobre sus hombros. Más adelante, durante otra sesión centrada en problemáticas del barrio, reaparecieron los mismos personajes acompañados nuevamente por gatos callejeros. Esta vez el problema representado era que “no podían comunicarse con los animales”.

La frase me resultó extraña desde el principio.

No porque hablara únicamente de animales, sino porque desplazaba completamente la lógica desde la que solemos pensar los conflictos urbanos. El problema ya no aparecía formulado únicamente desde infraestructura, movilidad o circulación. Aparecía formulado como una dificultad de relación.

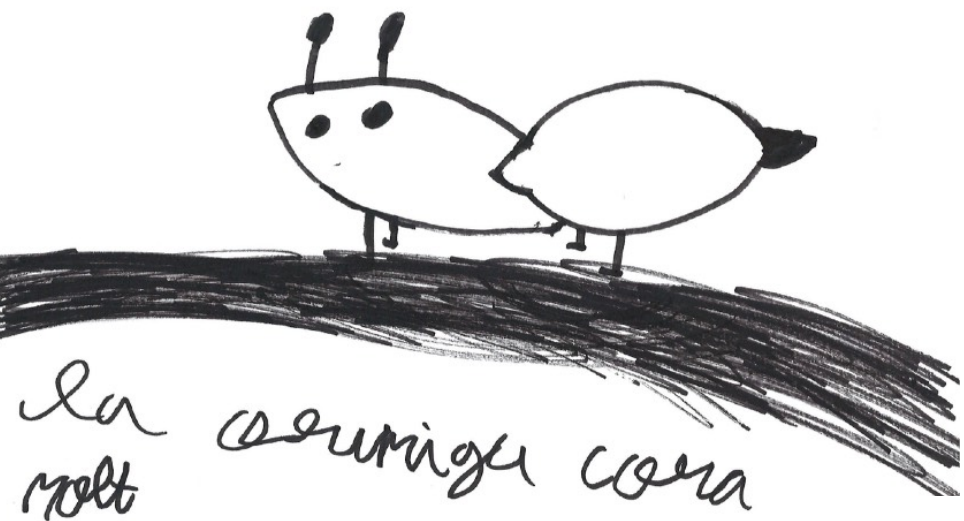
No poder comunicarse y no entender del todo cómo convivir con aquello que también habita el barrio.

En este punto, las reflexiones de Donna Haraway (2010) resultan especialmente sugerentes para esta investigación. La autora propone pensar las relaciones entre humanos y no-humanos no desde la separación, sino desde formas de coexistencia, vulnerabilidad compartida y construcción mutua. Desde esta perspectiva, habitar no implicaría ocupar individualmente un espacio, sino aprender constantemente a convivir con múltiples cuerpos, especies y presencias que configuran conjuntamente el mundo cotidiano.

Esta idea comenzó a desplazar también mi manera de leer el archivo.

Porque muchas imágenes parecían hablar precisamente de eso: de formas de convivencia cotidiana que normalmente permanecen fuera de las maneras más tradicionales de pensar la ciudad. El barrio dejaba de aparecer únicamente como un espacio humano para convertirse en un ecosistema relacional atravesado por múltiples formas de vida.

Las reflexiones de Jane Bennett (2010) permiten profundizar todavía más en esta cuestión. En *Vibrant Matter*, la autora propone pensar la materia no como algo pasivo o inerte, sino como un conjunto de presencias capaces de afectar, producir relaciones y modificar continuamente aquello que ocurre en el mundo cotidiano. Desde esta perspectiva, la ciudad deja de entenderse únicamente como escenario estable para convertirse en un ensamblaje vivo de materiales, residuos, sonidos, animales, cuerpos y afectos que participan activamente en la experiencia urbana.

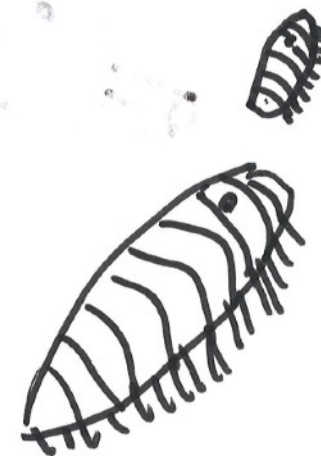
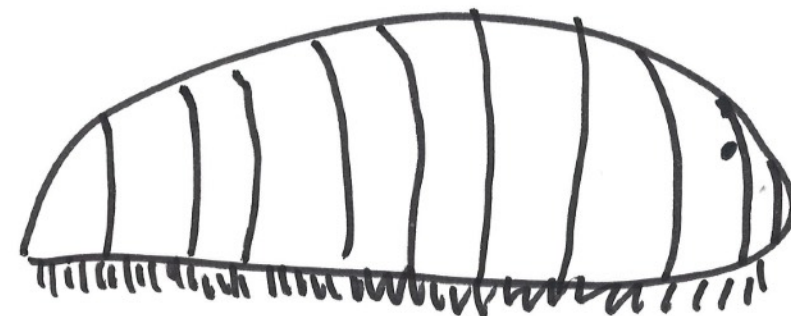
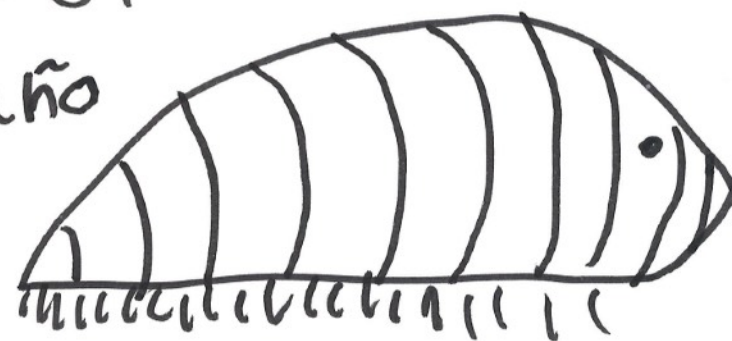


la cecuriga cora molt



Uny perignitas protejeten
el seu nin.

4 Bixos
Bolas
que se
Pasean
Per el
Baño



Esta idea de Jane Bennett me resuena constantemente al mirar esta parte del archivo porque muchas de las imágenes producidas por los niños y niñas parecían dirigirse precisamente hacia aquello que las miradas urbanas adultas suelen considerar secundario, insignificante o incluso molesto. Una paloma, un insecto, un gato callejero... Pequeñas presencias que normalmente quedan fuera de las narrativas oficiales sobre la ciudad y que, sin embargo, continúan formando parte de las formas cotidianas de convivencia dentro del barrio.

La presencia reiterada de las palomas me hizo pensar también en las reflexiones de Haraway (2019), quien dedica parte de *Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno* a explorar las complejas relaciones históricas de colaboración entre humanos y palomas. Lejos de aparecer únicamente como una especie urbana incómoda o sobrante, las palomas permiten visibilizar redes de dependencia mutua que han acompañado durante siglos la construcción de la vida urbana. Quizá algo parecido ocurre en muchos dibujos del archivo: estos actores no humanos desplazan la mirada hacia formas de relación que normalmente permanecen invisibles cuando pensamos la ciudad únicamente desde infraestructuras, movilidad o planificación.

Poco a poco empecé también a notar que muchos de los animales que aparecían en el archivo no eran representados únicamente como presencia, sino también desde cierta preocupación afectiva: animales abandonados, animales solos, gatos callejeros, pájaros que necesitan proteger su nido...

Veía cómo si muchas veces las imágenes infantiles no separaran tan claramente la ciudad de las vidas vulnerables que la atraviesan diariamente.

Esto me hizo pensar que quizá muchas de las formas de atención que aparecen dentro del archivo no funcionan únicamente desde la observación, sino también desde el cuidado.

No se trata solamente de ver animales dentro del barrio. Se trata de preguntarse qué les ocurre. Cómo viven. Dónde descansan. Si tienen familia. Si están solos. Si alguien los acompaña...

Poco a poco empecé a pensar que esta preocupación infantil por los animales quizá también podía leerse como una forma de pensar los cuidados dentro del espacio urbano. Al observar la ciudad desde la perspectiva de otras vidas vulnerables, muchas preguntas dejan de organizarse únicamente alrededor de la funcionalidad, la circulación o el rendimiento del espacio. Lo que empieza a aparecer es otra cuestión: **qué condiciones permiten sostener la vida cotidiana y qué cuerpos quedan fuera de esa posibilidad.**



Mirar la ciudad desde animales callejeros, pájaros o insectos supone también desplazar momentáneamente la lógica productiva desde la que solemos pensar el entorno urbano. Como si estas presencias permitieran recordar que habitar un barrio implica siempre formas de dependencia mutua, vulnerabilidad compartida y cuidado cotidiano.

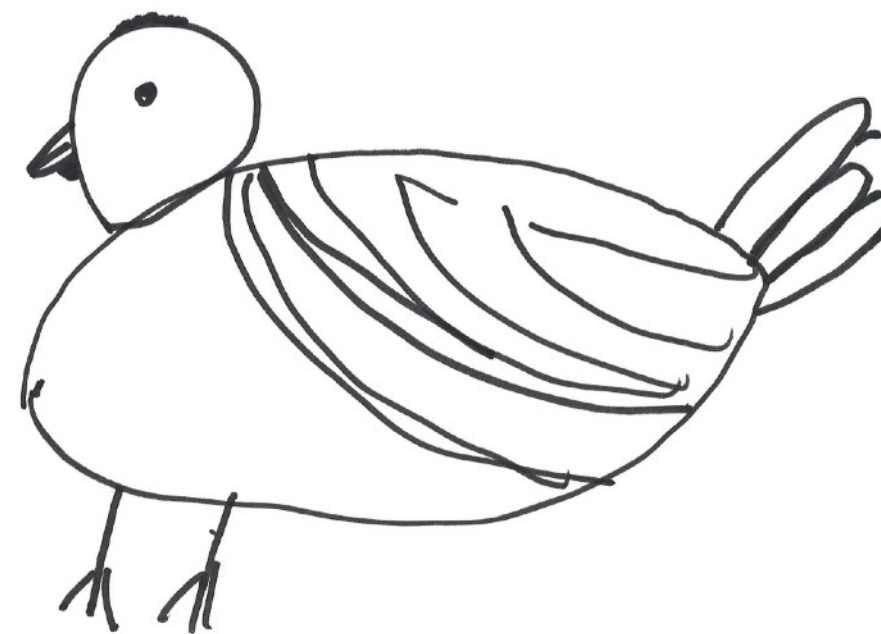
Creo que precisamente ahí empieza a emerger la idea de entender el espacio urbano como un entramado cotidiano de vidas interdependientes que necesitan constantemente sostenerse unas a otras.

En este punto, las conversaciones mantenidas con Adriana Bisquert, integrante de Col·lectiu Punt 6, comenzaron a resonar de otra manera dentro de la investigación. Muchas de las cuestiones trabajadas desde el urbanismo feminista no giran únicamente alrededor de infraestructuras o movilidad, sino alrededor de aquello que necesita ser sostenido cotidianamente para que la vida pueda desarrollarse: descanso, inclusión, cuidados, acompañamiento, seguridad, vínculo o pertenencia.

Desde esta perspectiva, la ciudad deja de pensarse únicamente desde eficiencia o funcionalidad y comienza a observarse también desde la interdependencia entre cuerpos, afectos y formas de convivencia cotidiana.



Gina la gaina



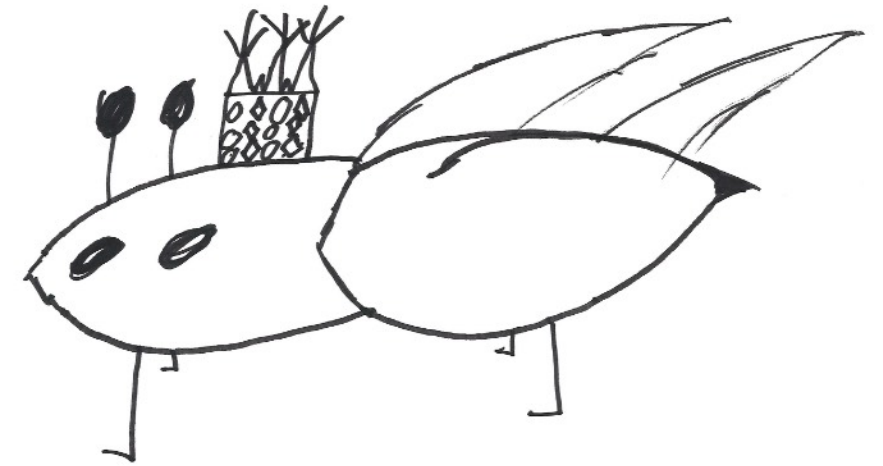
Esta idea atravesaba constantemente el archivo; no dormir afecta a quienes viven allí, la basura afecta a la calle, las peleas afectan al ambiente del barrio, los animales callejeros también forman parte de esa red compartida de tensiones, vulnerabilidades y cuidados cotidianos.

Y quizá precisamente por eso muchas de las preocupaciones infantiles no aparecían organizadas desde una lógica individual, sino profundamente colectiva y relacional. La ciudad nunca aparecía completamente separada de quienes la habitan. Los problemas no eran únicamente problemas personales, sino cuestiones que afectaban al conjunto de relaciones que hacen posible la vida cotidiana.

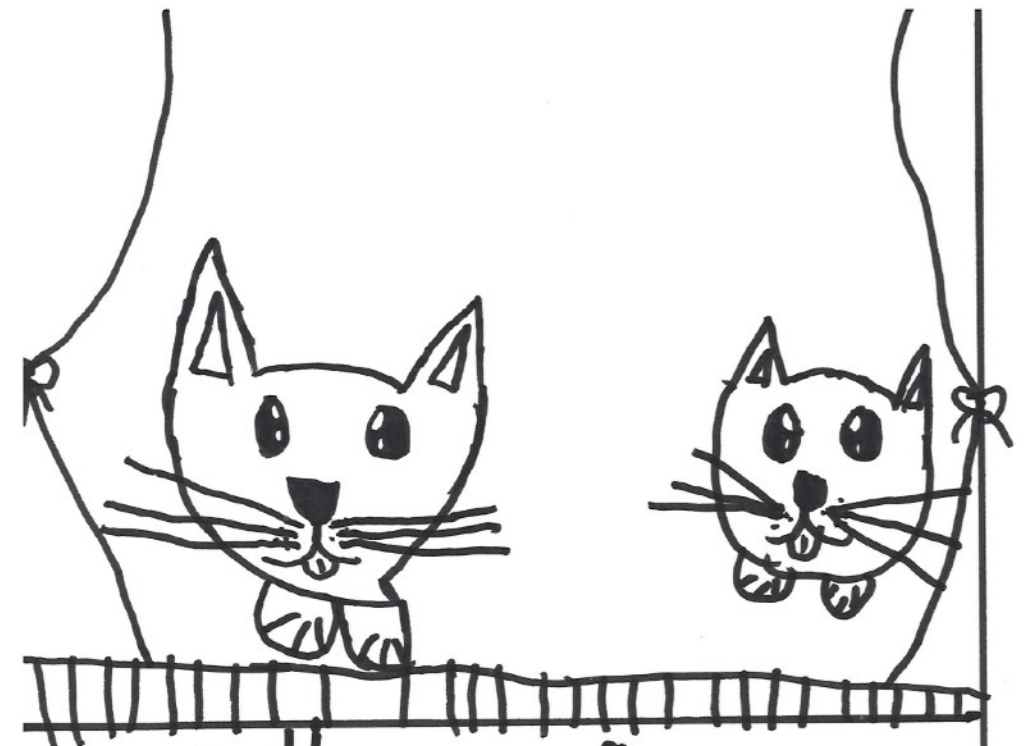
A veces pienso que ahí reside una de las cuestiones más importantes que atraviesan esta constelación. **La posibilidad de seguir imaginando el barrio no únicamente como infraestructura urbana, sino como un ecosistema cotidiano de coexistencias vulnerables.**

Un lugar donde las vidas se afectan continuamente unas a otras: Las humanas y las no humanas. Las visibles y las pequeñas. Las que ocupan el centro de la ciudad y aquellas que normalmente permanecen en sus márgenes.

Las reflexiones de Anna Tsing (2015) resultan especialmente sugerentes para pensar esta cuestión. En *The Mushroom at the End of the World*, Tsing propone observar cómo determinadas formas de vida continúan emergiendo y sosteniéndose incluso dentro de paisajes contemporáneos atravesados por precariedad, transformación y desgaste. Su trabajo desplaza la mirada hacia aquellas coexistencias pequeñas y aparentemente insignificantes que continúan produciendo relaciones y formas de supervivencia dentro de contextos dañados.



la oruga por volar super rapid



2 dias que los
2 gatos en la ventana.

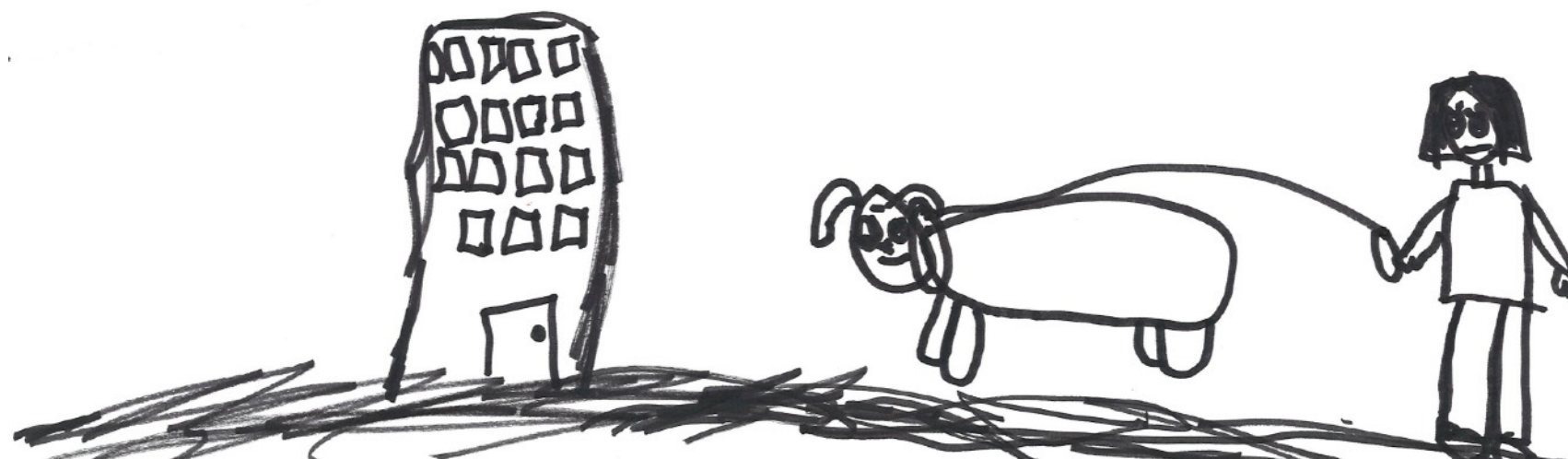
Mientras volvía sobre el archivo, pensaba muchas veces en esa idea. En cómo muchas de las imágenes infantiles parecían detenerse precisamente en aquello que todavía continúa intentando sostener vida dentro del barrio. Poco a poco empecé a preguntarme si la importancia de muchos de estos animales no residía únicamente en su presencia, sino también en todo aquello que permitían observar cuando decidíamos seguir sus rastros.

Una paloma obliga a mirar los árboles donde descansa, los edificios donde anida o las personas que conviven con ella. Un gato callejero hace aparecer preguntas sobre abandono, refugio, cuidado o pertenencia. Incluso un pequeño insecto dirige la atención hacia espacios y relaciones que normalmente pasarían desapercibidos.

Igual que la seta en el trabajo de Tsing funciona como punto de entrada para comprender complejas redes ecológicas, económicas y afectivas, muchos de los animales que aparecen en el archivo parecen actuar como pequeñas pistas capaces de revelar las múltiples interdependencias que configuran el ecosistema urbano.

Y quizá por eso muchas de estas imágenes ayudan a recordar algo muy simple: que la vida del barrio no se sostiene únicamente desde las grandes estructuras urbanas, sino también desde pequeñas coexistencias cotidianas que continúan ocurriendo silenciosamente entre cuerpos, animales y formas de cuidado compartido.

Y ahí es donde empieza a aparecer otra manera posible de entender qué significa realmente habitar una ciudad.





4. IMAGINAR

OTRAS FORMAS DE BARRIO

LA IMAGINACIÓN COMO FORMA CRÍTICA DE RELACIÓN URBANA

Hay lugares que parecen presentarse como si ya estuvieran completamente definidos.

Las calles tienen una función. Los edificios tienen un uso. Los recorridos parecen establecidos de antemano. Todo parece ocupar un lugar determinado dentro de un orden que apenas se cuestiona.

Y, sin embargo, al observar muchas de las propuestas realizadas por los niños y niñas, tenía la sensación de que el barrio todavía permanecía abierto.

Abierto a transformaciones improbables, a nuevas reglas, a usos inesperados... Como si Ciutat Vella no apareciera únicamente como un espacio que había que conocer o habitar, sino también como algo que todavía podía reinventarse.

Quizá por eso muchas de las imágenes de esta constelación no describen el barrio tal como es, sino tal como podría llegar a ser.

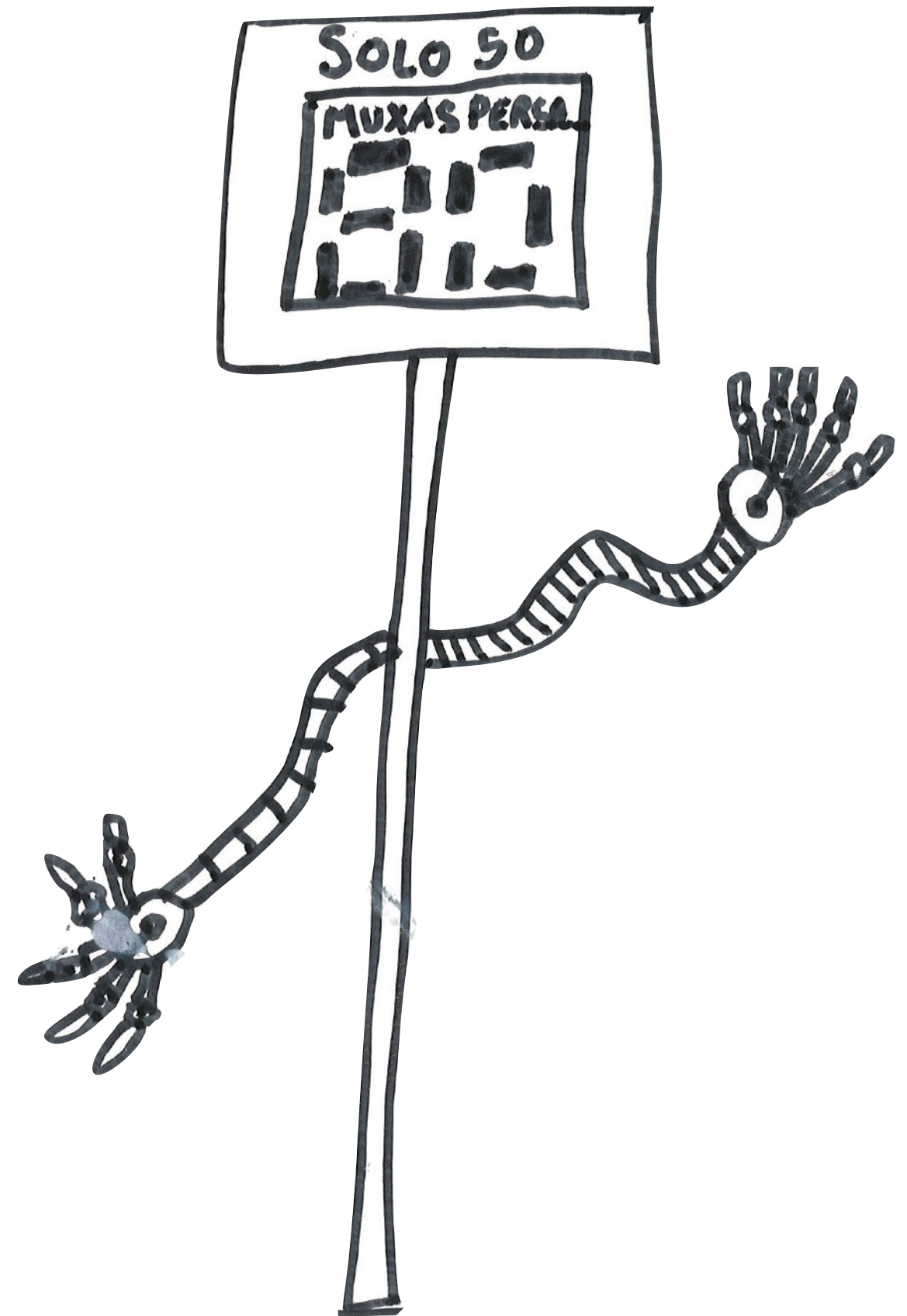
A medida que avanzaba el proyecto comenzaron a aparecer dibujos difíciles de situar dentro de las categorías habituales con las que solemos pensar la ciudad. Ya no se trataba únicamente de identificar problemas, describir lugares o narrar experiencias cotidianas.

Los niños y niñas comenzaron a intervenir imaginativamente sobre el barrio. Frente al ruido aparecía un super aparato capaz de absorber todos los sonidos de la calle. Frente a las prisas surgía un robot regulador de velocidad para que las personas dejaran de correr constantemente de un lugar a otro. Allí donde aparecían espacios degradados, basura o rincones poco agradables, comenzaban a crecer plantas, jardines y nuevas formas de vida.

Otros dibujos imaginaban una varita mágica capaz de transformar situaciones problemáticas, sistemas para reciclar residuos y convertirlos en recursos útiles, dispositivos para controlar el crecimiento de las plantas o incluso un robot que cerraba las tiendas de souvenirs para transformarlas en refugios destinados a animales abandonados.

Lo que llamaba la atención de estas propuestas no era únicamente su carácter fantástico, sino la precisión con la que parecían señalar determinadas necesidades.

Porque detrás de la invención de un aparato de "supersilencio" aparecía el deseo de descanso. Detrás de un regulador de velocidad aparecía el deseo de otro ritmo. Detrás de los espacios verdes aparecía el deseo de una ciudad más amable y habitable.





Las soluciones eran imposibles, pero las necesidades que las sostenían eran profundamente reales.

Cuanto más tiempo pasaba observando estas propuestas, más sentía que muchas de ellas funcionaban menos como soluciones urbanísticas y más como formas de pensamiento.

No intentaban resolver los problemas desde la lógica técnica adulta. No aparecían normativas, planes de movilidad o proyectos arquitectónicos. Lo que aparecía eran máquinas absurdas, superpoderes, reglas nuevas para el barrio y formas inesperadas de reorganizar aquello que parecía inamovible.

Quizá precisamente ahí residía gran parte de su potencia. Porque muchas veces las imágenes parecían recordarnos que aquello que necesita transformarse son los ritmos, las relaciones o las formas desde las que aprendemos a habitar la ciudad.

En uno de los dibujos aparecía una niña recorriendo el barrio mientras cantaba "lalalalala". La propuesta parecía sencilla, incluso ingenua. Sin embargo, al leer la explicación que acompañaba la imagen, la escena adquiría otra dimensión. La niña cantaba para ayudar a las personas pequeñas o orientarse, a encontrar su camino y a aprender a utilizar mejor las cosas de la vida cotidiana.

Recuerdo que este dibujo me llamó especialmente la atención porque la solución propuesta no consistía en controlar, vigilar o corregir. Consistía en acompañar.

Frente a una ciudad que muchas veces parece organizarse alrededor de la autonomía individual, la rapidez y la eficiencia, aparecía aquí una forma de ayuda basada en la presencia, el cuidado y la cercanía.

EL PODER DE MI PERSONAJE ES ALLUDAR
A LOS NIÑOS Y NIÑAS PARA QUE APRENDAN
A USAR LAS COSAS PARA QUE SEAN MEJORES
LA VIDA.



Algo parecido ocurría en otros dibujos donde las calles dejaban de funcionar únicamente como espacios de circulación para convertirse en juguetes. Los recorridos podían cambiar. Las reglas podían modificarse. El barrio dejaba de aparecer como una estructura fija para convertirse en un espacio abierto a nuevas posibilidades de uso.

Mientras observaba estas imágenes pensaba muchas veces que los niños y niñas parecían relacionarse con la ciudad desde una pregunta que los adultos formulamos cada vez menos:

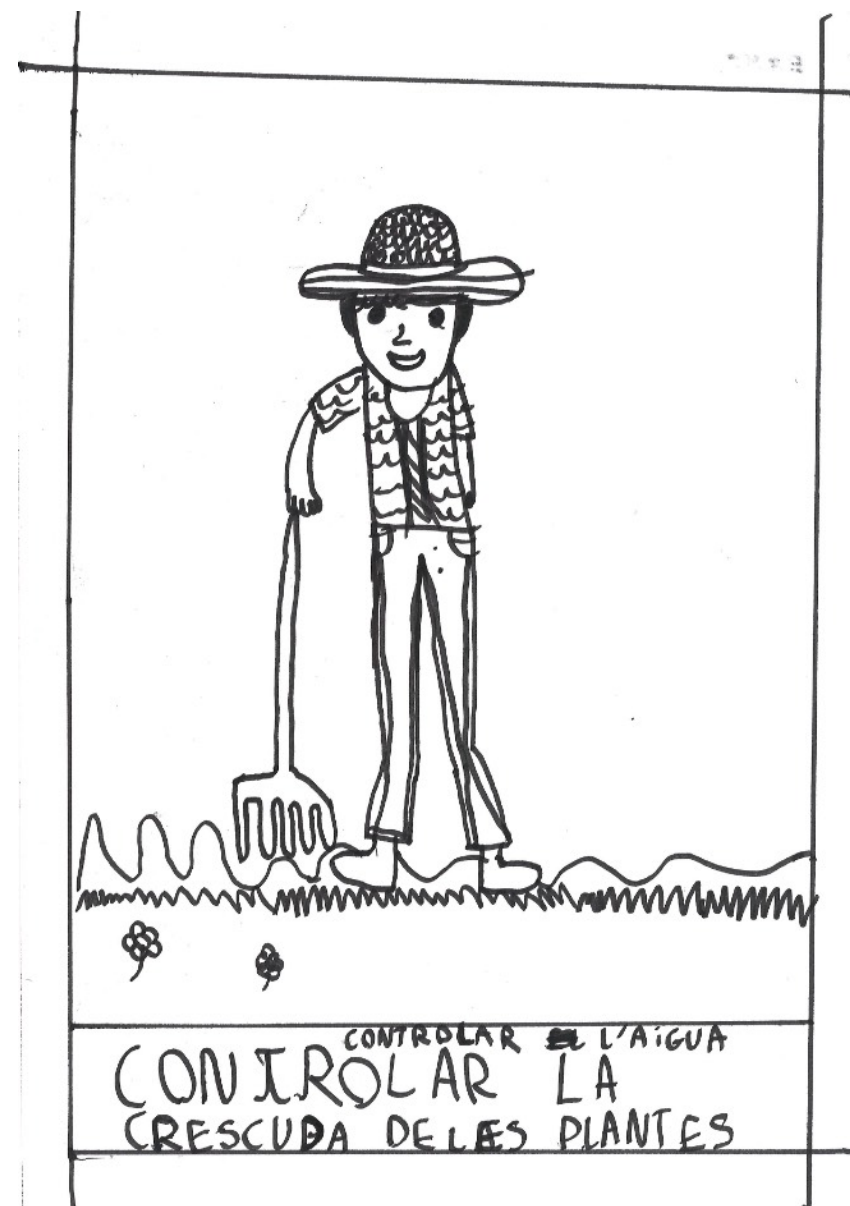
¿Y si las cosas pudieran ser de otra manera?

Esta cuestión me parece especialmente relevante porque desplaza la imaginación fuera del terreno de la fantasía para situarla dentro del propio proceso de conocimiento. En este sentido, algunas reflexiones contemporáneas sobre la imaginación colectiva resultan especialmente sugerentes. El informe *The Imaginary Crisis and How We Might Quicken Social and Public Imagination* (Mulgan, G., 2020), plantea que muchas de las dificultades contemporáneas no se explican únicamente por una falta de recursos o de información, sino también por una creciente incapacidad para imaginar futuros diferentes y otras formas posibles de organización social, política y urbana.

Quizá por eso muchas de las propuestas infantiles resultan tan interesantes. No porque sean realistas, sino porque vuelven pensable aquello que parecía haber quedado fuera del horizonte posible. Interrumpen la sensación de que las cosas solo pueden ser como son.



SUPERPODER QUE ASE UN ASCOT DE
BUNDOLVA.



El aparato de supersilencio no elimina realmente el ruido del barrio. Pero sí interrumpe la idea de que el ruido deba aceptarse como una condición inmodificable de la vida urbana. El regulador de velocidad no transformará las calles de Ciutat Vella, pero vuelve pensable la posibilidad de otros ritmos para habitar la ciudad. Otros dibujos imaginan calles convertidas en juguetes, y cuestionan la separación tan rígida entre jugar, desplazarse y permanecer en el espacio público.

Las reflexiones de Erin Manning (2016) resultan especialmente sugerentes para pensar esta cuestión. Para la autora, el juego, la experimentación y los procesos creativos no aparecen después del mundo como una representación de aquello que ya existe. Son formas de producir nuevas relaciones con él. Imaginar no sería entonces inventar algo completamente separado de la realidad, sino modificar las posibilidades desde las que esa realidad puede ser experimentada.

Esta idea dialoga también con las propuestas educativas desarrolladas por Greene (2005), quien defiende la imaginación como una capacidad fundamental para percibir el mundo de otra manera y para abrir posibilidades de transformación social y educativa.

Esta idea resuena constantemente con lo que ocurre en el archivo. Los niños y niñas no parecen limitarse a observar el barrio. Lo desplazan y lo reconfiguran. Lo vuelven a pensar desde lugares inesperados.

En este sentido, las imágenes recogidas durante el proyecto conectan también con prácticas artísticas y pedagógicas como *The Garden of Intersections*, (Planea, s.f.) donde la exploración, el juego y la interacción con materiales cotidianos permiten producir otras formas de relación con el territorio. Lo importante

no es únicamente el resultado final, sino la apertura de posibilidades que emerge durante el propio proceso de experimentación.

Las reflexiones de Ernst Bloch (1986) permiten ampliar todavía más esta lectura. En *El principio esperanza*, Bloch propone prestar atención a aquellas imágenes y deseos que todavía no existen plenamente en el presente, pero que señalan posibilidades abiertas para el futuro. No se trata de fantasías desconectadas del mundo, sino de anticipaciones capaces de revelar aquello que todavía no es, aunque podría llegar a ser.

Quizá por eso muchas de las propuestas del archivo poseen una fuerza particular. Porque no imaginan una ciudad más eficiente. No imaginan una ciudad más rápida, ni siquiera una ciudad más tecnológica.

Lo que aparece repetidamente es otra cosa; una ciudad más tranquila, más verde, más jugable, más disponible para el encuentro, más atenta a quienes la habitan.



Y entonces empecé a preguntarme si muchas de estas imágenes no estaban hablando únicamente del barrio que los niños y niñas deseaban, sino también de aquello que sentían que faltaba en él.

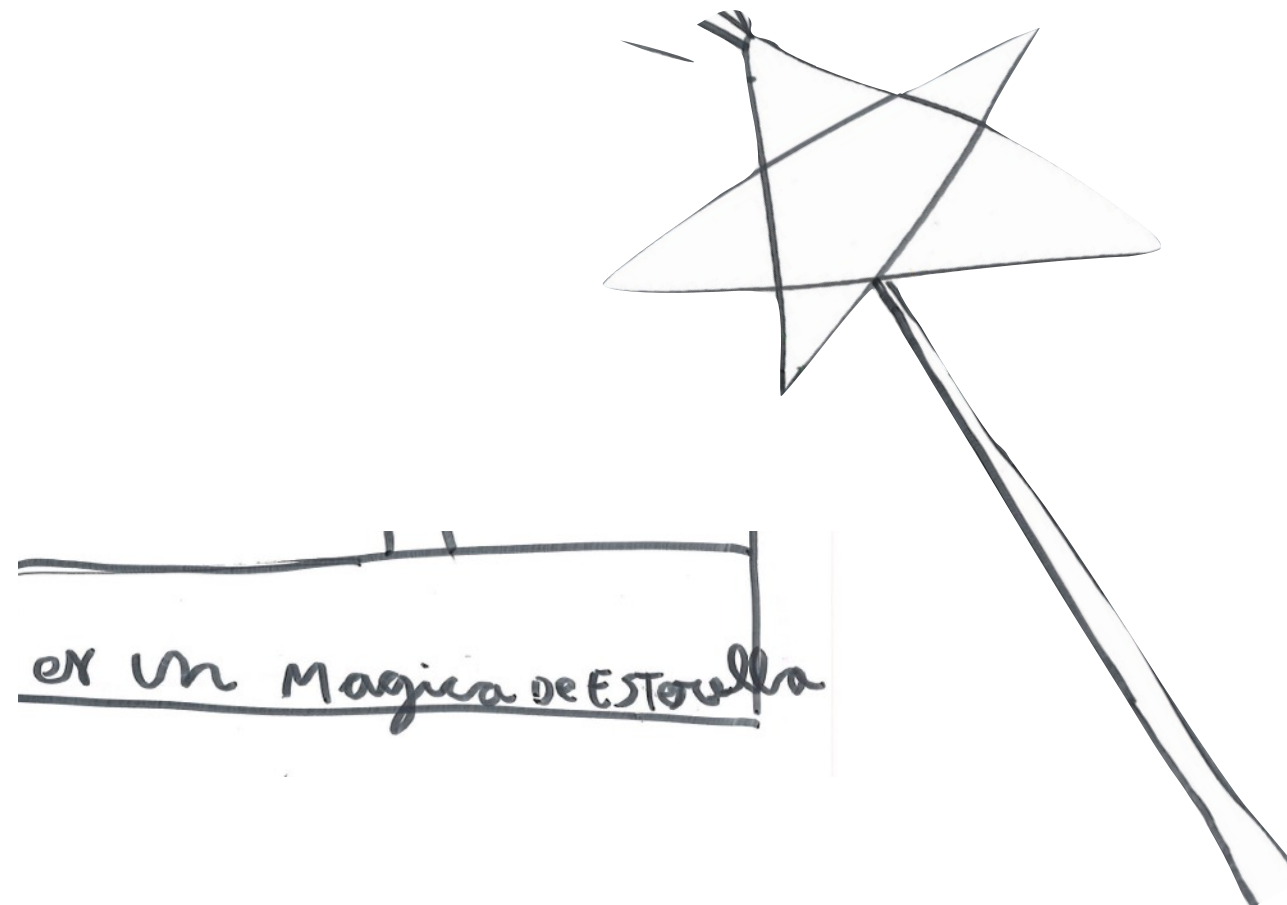
La falta de descanso, la necesidad de tiempo, la necesidad de cuidado, la necesidad de juego, la necesidad de sentirse parte de un lugar.

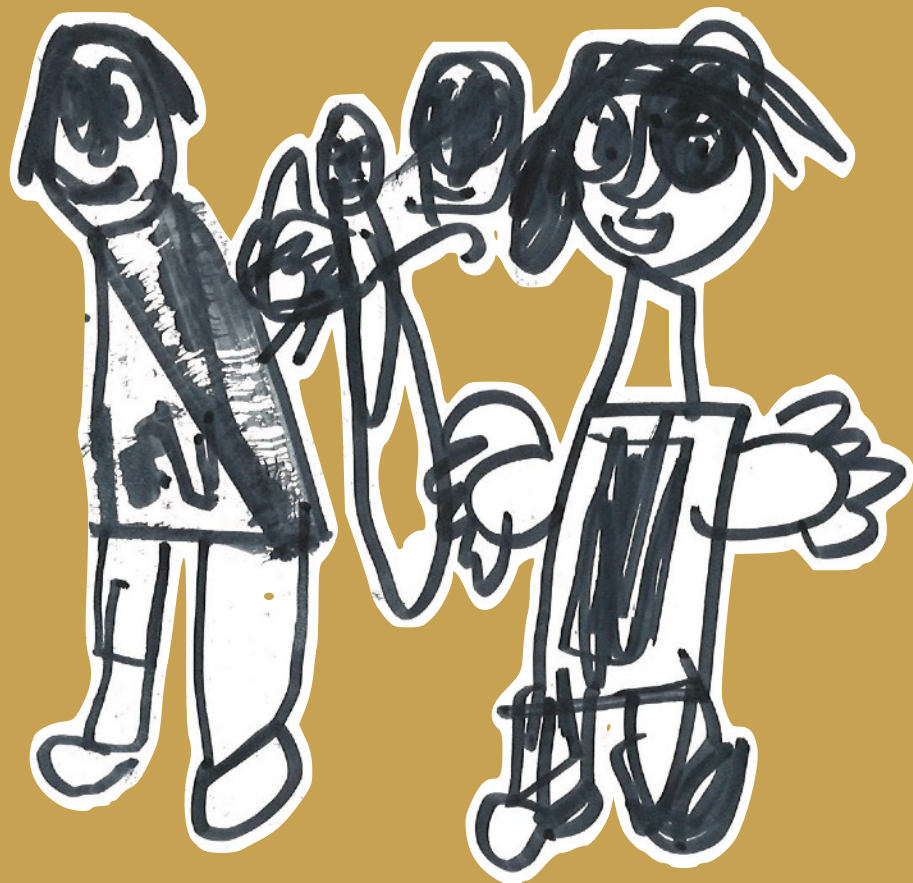
Quizá por eso esta constelación no habla únicamente de imaginación. Habla también de posibilidad.

Porque si las constelaciones anteriores permitían observar cómo las infancias perciben y experimentan la ciudad, esta comienza a mostrar algo diferente: su capacidad para producir otras formas posibles de pensarla.

En este contexto, las infancias no aparecen aquí únicamente como narradoras del barrio, sino como productoras de posibilidades urbanas.

Y quizá precisamente ahí reside una de las cuestiones más valiosas que deja este archivo. La capacidad de seguir imaginando que las reglas todavía pueden modificarse. Que los usos pueden transformarse. Que las ciudades no están completamente terminadas. Como si incluso dentro de espacios atravesados por saturaciones, velocidad o conflicto siguiera existiendo margen para preguntarse cómo queremos vivir juntos.





5. APRENDER A CUIDAR LA CIUDAD

Hay una pregunta que ha acompañado esta investigación desde el inicio, aunque no siempre apareciera de manera explícita.

Me preguntaba si la ciudad también educa los cuerpos.

Al principio esta pregunta tenía algo de intuición. Aparecía al caminar, al observar ciertos ritmos urbanos, al sentir cómo algunos espacios parecen invitar a pasar rápido mientras otros permiten quedarse. Pero después de atravesar el archivo, la pregunta empezó a volverse más concreta. Ya no se trataba únicamente de pensar si la ciudad ordena los cuerpos desde fuera, sino de observar qué formas de estar, mirar, cuidar, apartarse o permanecer empiezan a aprenderse dentro de ella.

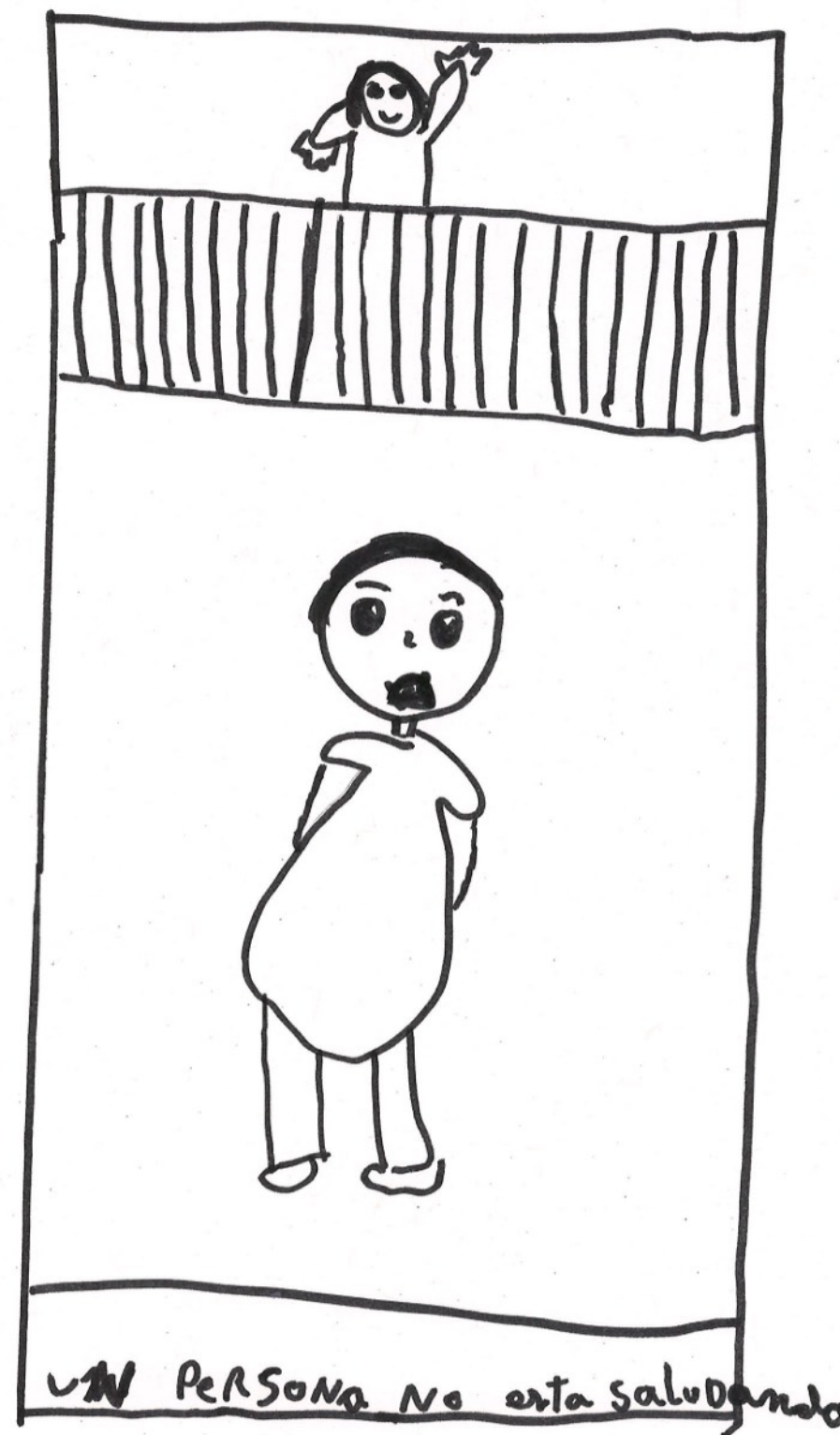
En esta última constelación, el archivo no abre un tema completamente nuevo. Más bien permite volver sobre una cuestión que ha atravesado silenciosamente todo el recorrido: qué tipo de sensibilidades se producen cuando se aprende una ciudad desde dentro.

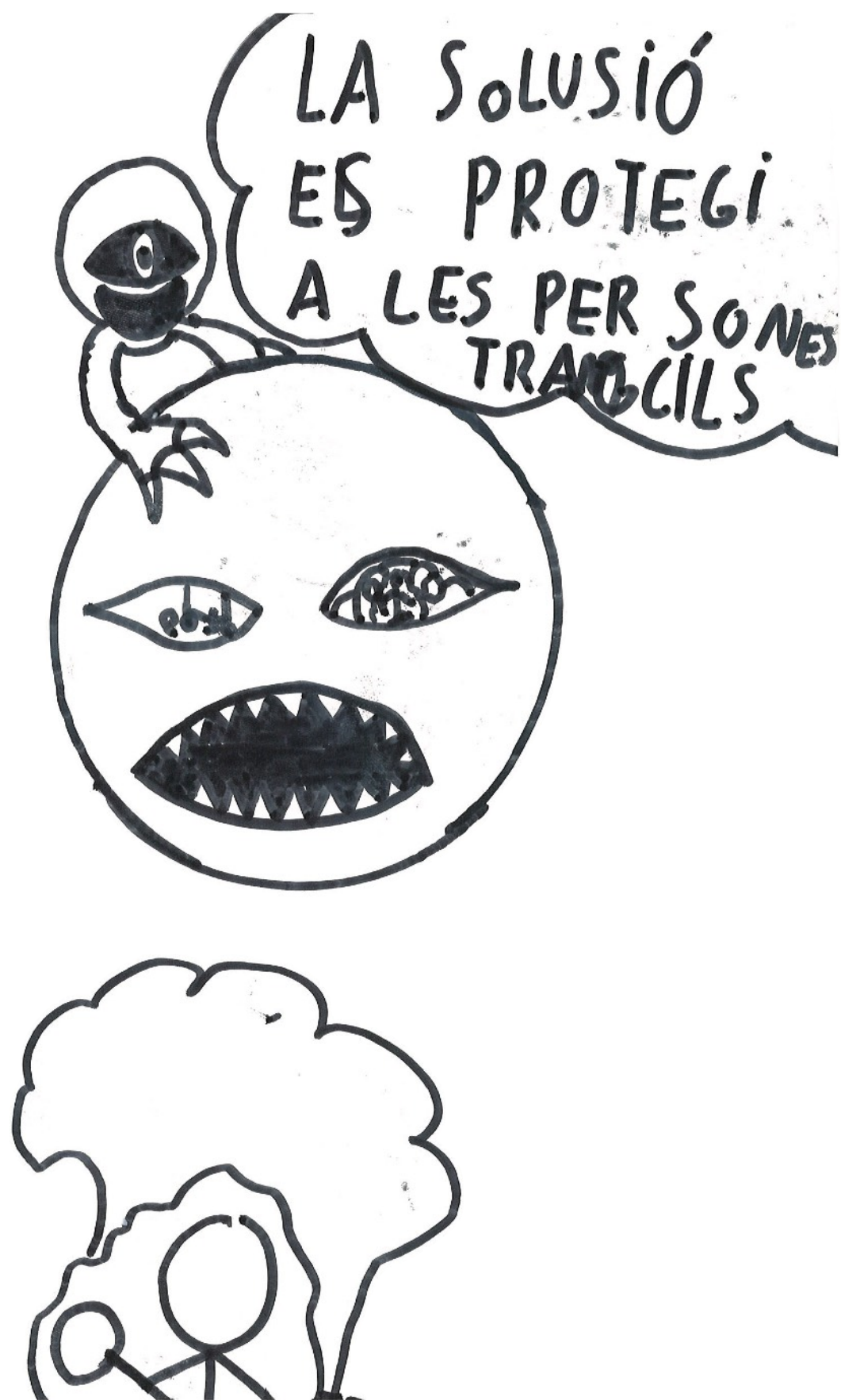
En uno de los dibujos de esta constelación, el problema que representa una niña es sorprendentemente sencillo: *"una persona no está saludando"* La escena no muestra una gran problemática urbana; no se trataba de coches, ruido, turistas ni basura... solo una persona en un balcón saludando y otra en la calle que no devolvía el gesto.

Durante un tiempo me pareció una imagen pequeña, casi anecdótica. Sin embargo, cuanto más la pensaba, más importante se volvía. Porque para quien la dibujó, que alguien no saludaba también podía ser un problema del barrio.

Esta imagen desplaza la escala desde la que solemos pensar lo urbano. El conflicto ya no aparece en la infraestructura, la movilidad o la organización material del espacio, sino en un gesto mínimo de reconocimiento. Saludar implica percibir al otro, aceptar su presencia, producir aunque sea por un instante una relación. No saludar, en cambio, parece abrir una pequeña interrupción dentro de la vida común.

Algo parecido ocurre en otro dibujo donde el superpoder imaginado consiste en proteger a las personas frágiles. La solución no se orienta hacia la fuerza, la velocidad o el control, sino hacia la vulnerabilidad. El poder aparece como capacidad de cuidado.





PER COLOCARLO es ce la gente
quando d/caben de comer i
beber embes de tirar la basura
al supb que lo tirenen
la Ralcia...

También aparece una farmacéutica cuyo superpoder consiste en mover objetos a gran velocidad para poder ayudar a las personas con mayor rapidez. Lo que resulta interesante de esta imagen es que la velocidad deja de aparecer asociada a la productividad, la eficiencia o el rendimiento. Se pone al servicio del cuidado. No se trata de llegar antes para producir más, sino de poder atender mejor a quienes necesitan ayuda.

En otros dibujos, algunos niños y niñas imaginan transformar espacios del barrio para dar cabida a animales abandonados o desplazar usos que perciben cada vez más alejados de la vida cotidiana vecinal. Más allá de las soluciones concretas, estas propuestas parecían compartir una preocupación común: cómo sostener aquellas vidas, relaciones o presencias que se consideran importantes dentro del barrio.

Estos dibujos no funcionan únicamente como descripciones de problemas. Funcionan también como indicios de aprendizaje.

Aprender una ciudad no implica solo saber moverse por ella. También implica aprender qué gestos importan, qué cuerpos necesitan protección, qué espacios se sienten propios y qué formas de relación empiezan a desaparecer.

En este punto, las reflexiones de Ahmed (2006) resultan especialmente sugerentes. La autora plantea que los cuerpos se orientan en el mundo a partir de direcciones aprendidas: hacia qué miramos, qué reconocemos, qué dejamos fuera de nuestro campo de atención, qué presencias se vuelven familiares y cuáles quedan desplazadas. Las orientaciones no son únicamente espaciales, sino también afectivas y políticas. Configuran la manera en que un cuerpo aprende a situarse entre otros cuerpos.



Esta idea me ayuda a pensar el archivo de otra manera.

Porque al final del recorrido no veo únicamente dibujos sobre el barrio, sino una serie de orientaciones sensibles. La atención se dirige hacia aquello que hace posible o difícil la vida cotidiana.

Si la ciudad ordena los cuerpos, quizá también orienta sus formas de atención. Enseña qué merece ser visto, qué puede pasar desapercibido, qué se considera importante y qué queda relegado a los márgenes de la experiencia cotidiana.

En este sentido, las reflexiones de bell hooks (2003) ayudan a ampliar esta lectura. Para la autora, la comunidad no es simplemente un lugar compartido, sino una práctica que requiere atención, responsabilidad y reconocimiento mutuo. No basta con ocupar el mismo espacio para formar comunidad; hace falta aprender a sostener relaciones dentro de él.

Desde esta perspectiva, muchos de los dibujos que aparecen en el archivo no hablan únicamente de situaciones concretas, sino también de los aprendizajes afectivos y políticos que atraviesan la vida cotidiana. De aquello que una ciudad enseña a valorar o a desatender.

Al comenzar esta investigación me preguntaba si la ciudad también educa los cuerpos. Después de atravesar el archivo, me resulta difícil pensar que no.

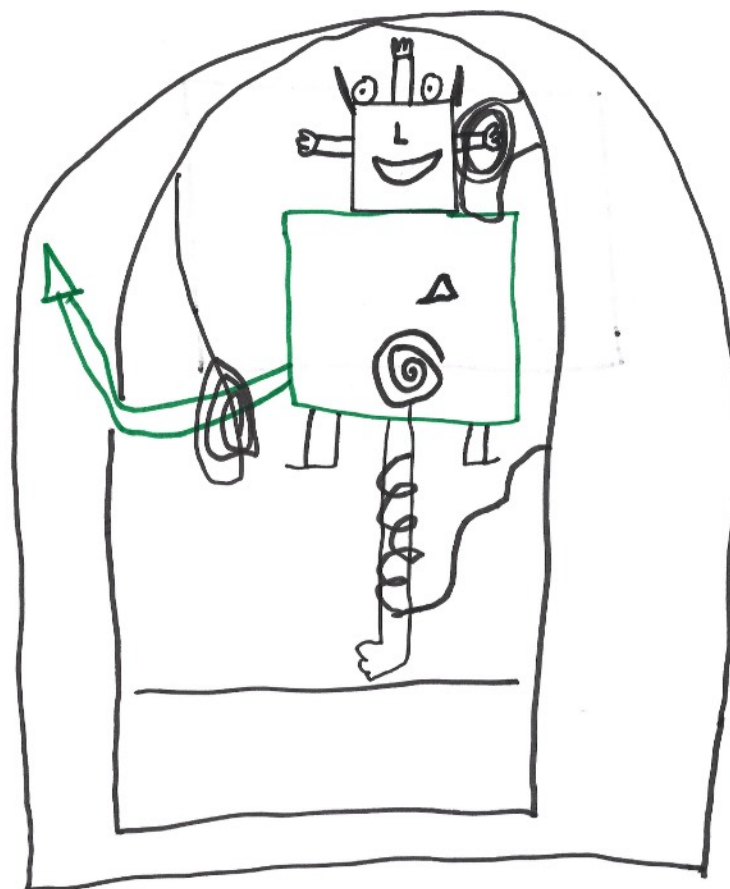
La ciudad educa los cuerpos cuando organiza sus recorridos, sus ritmos y sus posibilidades de permanencia. Pero también cuando enseña hacia dónde mirar, qué reconocer, a quién cuidar, qué aceptar como normal y qué imaginar todavía como posible.

Y quizá precisamente ahí aparece una de las cuestiones más críticas de todo el trabajo:

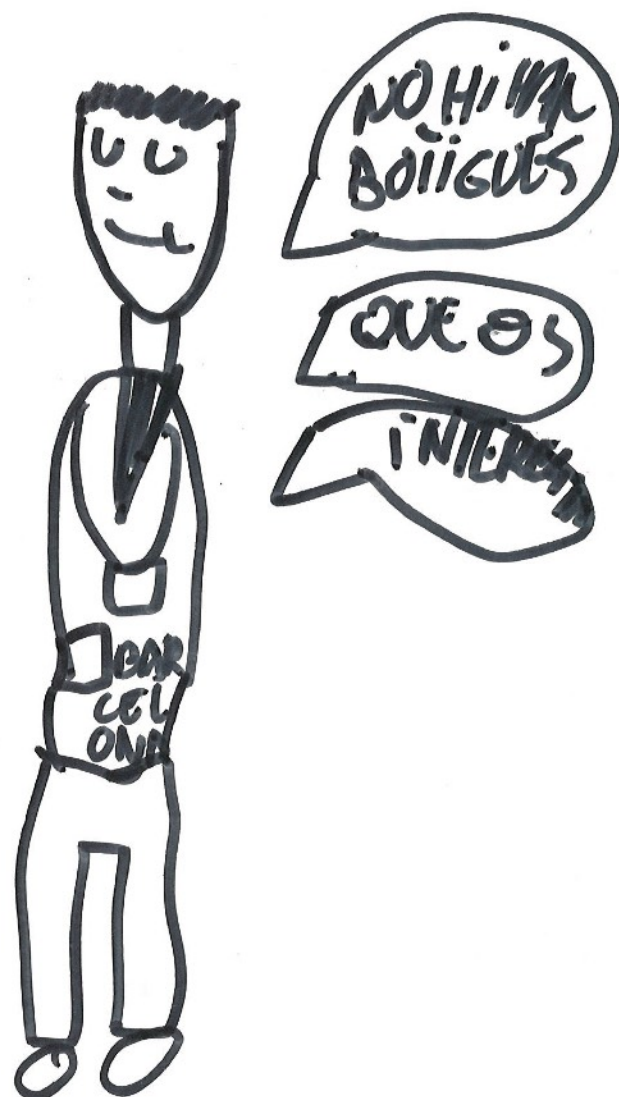
¿Qué formas de sensibilidad urbana estamos aprendiendo cuando crecemos en ciudades cada vez más orientadas hacia la circulación, el consumo y la funcionalidad?

¿Qué otras formas de atención continúan produciendo las infancias cuando todavía dibujan barrios donde importa saludar, jugar, cuidar, proteger o imaginar?

Más que cerrar definitivamente estas preguntas, el archivo permite escucharlas con mayor claridad. Como si, a través de los dibujos, la infancia nos recordara que la ciudad no solo organiza nuestros movimientos, sino también las formas en que aprendemos a relacionarnos con los demás y con el mundo que habitamos.



Un robot que tangu
Tangu les ruitiger





Conclusiones

El mapa cuando se desplegó...

Hay algo extraño que ocurre cuando una vuelve sobre los materiales después de haber convivido con ellos durante mucho tiempo.

Los dibujos ya no parecen exactamente los mismos. Las preguntas tampoco.

A veces pienso que se parecen a esos mapas que guardamos doblados durante meses dentro de una mochila. Mientras caminamos apenas los miramos. Los abrimos un momento, buscamos una dirección y volvemos a guardarlos. Pero cuando finalmente regresamos a casa y los extendemos sobre una mesa, aparecen marcas que antes no habíamos visto: un pliegue, un recorrido repetido, un desvío inesperado o incluso un camino que comenzó en un lugar y terminó en otro completamente distinto.

Durante la escritura de estas páginas he tenido muchas veces esa sensación. La de volver a desplegar el mapa de esta investigación y descubrir que las preguntas ya no estaban exactamente donde las había dejado.

Quizá porque las investigaciones no siempre terminan respondiendo aquello que se proponían responder. A veces lo que hacen es desplazar la mirada. Llevarnos a lugares que no sabíamos que formaban parte del recorrido.

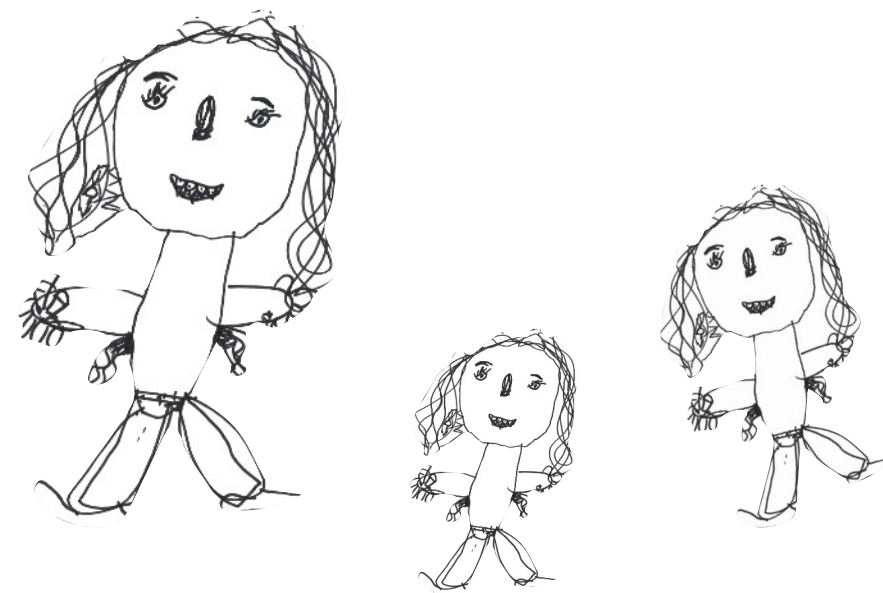
Y creo que algo parecido ha ocurrido aquí.

Al comenzar este trabajo quería comprender cómo percibían el barrio los niños y niñas de la Escola Cervantes. Hoy siento que esa pregunta sigue estando presente, pero ya no ocupa exactamente el mismo lugar.

Porque el recorrido me ha llevado a preguntarme por otras cuestiones que inicialmente parecían secundarias: los vínculos, las formas de cuidado, la convivencia, los ritmos cotidianos, la posibilidad de sentirse parte de un lugar o la capacidad de imaginar que las cosas podrían ser de otra manera.

De algún modo, la investigación terminó siendo menos una búsqueda de respuestas y más un ejercicio de atención.

Una manera de aprender a mirar aquello que el propio archivo insistía en señalar.



Lo que el archivo me enseñó...

Una de las primeras dificultades que aparecieron durante el proceso tuvo que ver con la construcción del archivo.

Recuerdo pasar horas moviendo dibujos de una constelación a otra. Intentando decidir dónde pertenecía cada imagen. Buscando una estructura capaz de ordenar aquello que estaba observando.

Sin embargo, cuanto más avanzaba, más evidente se volvía que los materiales parecían resistirse constantemente a quedarse quietos. Un mismo dibujo podía hablar simultáneamente de juego y convivencia, de aceleración y cuidado, de conflicto e imaginación, de animales y pertenencia.

Durante un tiempo pensé que aquello era un problema metodológico.

Más adelante comprendí que quizá estaba siendo una enseñanza metodológica. Porque la vida cotidiana tampoco se presenta ordenada. Aunque las ciudades intenten organizar y ordenar nuestros recorridos, nuestros tiempos y nuestras formas de relación, contradictoriamente la experiencia cotidiana desborda constantemente esos marcos. Las preocupaciones se mezclan, los afectos se cruzan y las experiencias se superponen unas sobre otras.

Y tal vez el archivo simplemente estaba reproduciendo esa misma complejidad.

Comprendí entonces que intentar clasificar los materiales de manera completamente cerrada implicaba perder parte de aquello que los hacía valiosos.

Las constelaciones surgieron precisamente de esa dificultad. No como categorías destinadas a ordenar definitivamente el archivo, sino como formas de aproximarse a él sin clausurarlo. Pequeños lugares desde los que observar.

Puntos de encuentro entre materiales que podían dialogar entre sí sin necesidad de quedar fijados en una única interpretación.

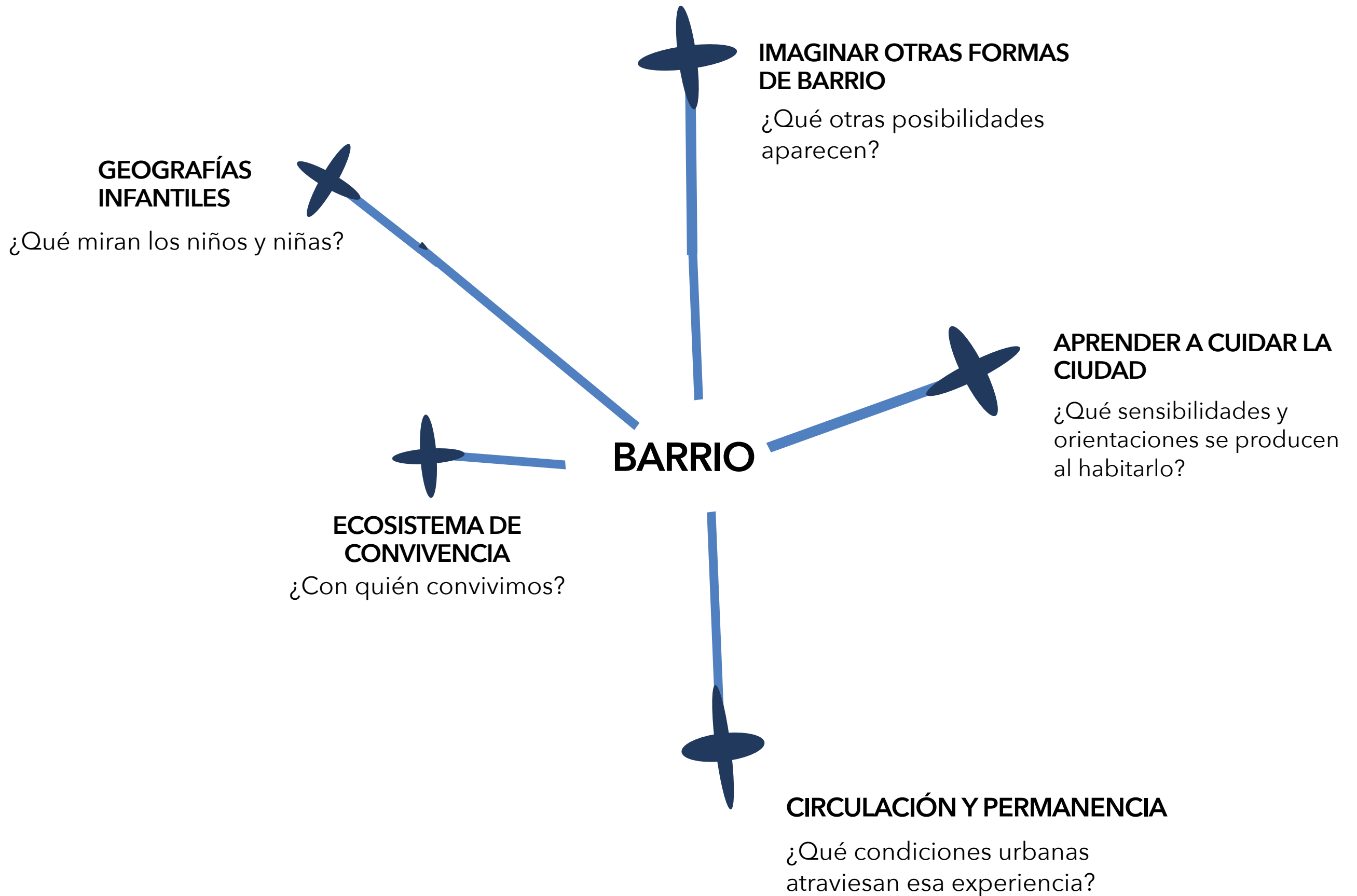
Con el tiempo entendí que investigar desde el archivo no consistía únicamente en analizar aquello que había sido producido durante las prácticas. También implicaba aceptar que el conocimiento podía emerger desde la relación entre los materiales, desde las conexiones inesperadas y desde la posibilidad de dejar que las preguntas se transformaran durante el recorrido.

Quizá una de las enseñanzas más importantes de este proceso tenga que ver precisamente con eso.

Con aprender a sostener la incertidumbre sin apresurarse a resolverla.

Con permitir que las imágenes continúen diciendo más de una cosa al mismo tiempo.

Y con aceptar que algunas preguntas no necesitan cerrarse para resultar significativas.



Lo que las infancias me enseñaron sobre el barrio...

Si algo ha ido apareciendo de forma insistente a lo largo de esta investigación es que la relación entre las infancias y el barrio no se construye únicamente a través de los espacios físicos que habitan. Al comenzar el trabajo imaginaba que los dibujos hablarían principalmente de calles, plazas, edificios o lugares reconocibles de Ciutat Vella. Sin embargo, después de atravesar el archivo, aquello que aparece con más fuerza no es solo una cartografía de lugares, sino una cartografía de relaciones.

Los materiales no señalan únicamente dónde están los niños y niñas, sino qué les afecta, qué les preocupa, qué consideran importante, qué desean transformar y qué formas de vida reconocen dentro del entorno cotidiano.

Esta cuestión desplaza profundamente la pregunta inicial. Porque ya no se trata solo de saber cómo las infancias perciben el barrio, sino de comprender desde qué tipo de sensibilidad se vinculan con él. El archivo muestra que habitar un lugar no consiste únicamente en ocuparlo, recorrerlo o conocer sus nombres, sino en desarrollar una relación afectiva y situada con aquello que ocurre en él.

Un barrio empieza a significar algo cuando deja de ser un fondo y se convierte en una trama de experiencias que afectan al cuerpo, a la imaginación, al descanso, al juego o a la sensación de pertenencia.

En este sentido, muchas de las imágenes producidas durante el proyecto no pueden leerse solamente como representaciones infantiles del espacio urbano. Funcionan también como indicios de una forma de relación con la ciudad que se construye desde la atención. Atención hacia aquello que incomoda, pero también hacia aquello que sostiene, hacia lo que falta, pero también hacia lo que todavía permanece, hacia aquello que parece pequeño, pero que en la experiencia cotidiana puede adquirir una importancia enorme.

El archivo permite comprender que las infancias no solo observan el barrio: lo interpretan afectivamente, lo valoran, lo imaginan y, en muchas ocasiones, lo interpelan.

Esta cuestión resulta especialmente significativa si consideramos, como señala Duarte Quapper (2012), que las sociedades contemporáneas continúan organizándose en gran medida desde lógicas adultocéntricas que tienden a situar las perspectivas infantiles en posiciones secundarias. Frente a ello, los materiales que conforman este archivo muestran cómo la infancia no constituye únicamente un objeto de observación o intervención educativa, sino también una posición desde la que producir conocimiento y construir lecturas propias sobre la ciudad.

Esta idea resuena también con las reflexiones de Calvino (1996) en *Las ciudades invisibles*, donde las ciudades no aparecen únicamente como espacios físicos, sino como entramados de recuerdos, deseos, relaciones y formas de percepción. Desde esta perspectiva, la ciudad deja de entenderse como una realidad fija para aparecer también como una construcción sensible que se transforma según las maneras en que es vivida, narrada e imaginada.

Quizá por eso muchas de las preocupaciones que emergen en los dibujos no encajan del todo dentro de una lectura urbanística convencional. No hablan únicamente de infraestructuras, movilidad o equipamientos, aunque todas esas dimensiones estén presentes de algún modo.

Hablan también de condiciones sensibles de habitabilidad: poder jugar, poder dormir, poder permanecer, poder reconocer a otros, poder cuidar y sentirse cuidado. Lo que aparece en el archivo no es solo la ciudad como forma construida, sino la ciudad como experiencia cotidiana de relación. Desde ahí, las problemáticas urbanas dejan de ser asuntos abstractos para aparecer encarnadas en situaciones concretas: un ruido que atraviesa una habitación, un espacio donde no se puede jugar, un animal abandonado, una persona que no saluda, una calle que podría ser de otra manera.

Esta forma de leer el archivo me lleva a pensar que las infancias construyen su relación con el barrio a través de una sensibilidad profundamente relacional. No se trata de una mirada “más pura” o “más inocente”, sino de una manera de atender al entorno que todavía no ha separado del todo lo espacial de lo afectivo, lo material de lo simbólico, lo cotidiano de lo político. Aquello que desde una mirada adulta podría parecer anecdótico: un saludo, un animal, una calle ruidosa, una solución imposible... Aparece aquí como parte de las condiciones que hacen que un lugar pueda sentirse habitable o, por el contrario, difícil de habitar.

Quizá una de las conclusiones más importantes que me deja este proceso es que el barrio no se aprende solo como un lugar exterior, sino como una relación que se va construyendo con el tiempo.

Se aprende desde los recorridos, pero también desde las interrupciones. Desde los vínculos, pero también desde las ausencias. Desde los espacios disponibles, pero también desde aquellos que se sienten prohibidos, saturados o inaccesibles. En ese sentido, la infancia no aparece únicamente como una etapa desde la que se mira la ciudad, sino como una posición desde la que la ciudad puede ser pensada de otra manera.

Esto abre una pregunta crítica que atraviesa todo el trabajo: **¿qué tipo de relación con el barrio se vuelve posible dentro de una ciudad contemporánea marcada por la aceleración, la saturación y la pérdida relacional?** El archivo no ofrece una respuesta cerrada, pero sí permite intuir algo: incluso dentro de esos contextos, las infancias continúan produciendo formas de vínculo que no se reducen a la adaptación. También imaginan, reparan, desean, detectan fragilidades y proyectan otras maneras posibles de vivir juntos. Ahí reside, quizá, una de las potencias más importantes del proyecto: no en idealizar la mirada infantil, sino en reconocer que sus formas de atención pueden desnaturalizar aquello que la mirada adulta ha aprendido a aceptar demasiado rápido.

Por eso, al finalizar esta investigación, siento que las infancias no me han enseñado únicamente “qué piensan” sobre el barrio. Me han enseñado algo más difícil de formular: **que la relación con un lugar se construye desde aquello que somos capaces de percibir, cuidar e imaginar dentro de él.** Y quizá pensar la ciudad desde ahí implique desplazar la pregunta urbanística hacía una pregunta más sensible y más política a la vez: **no solo qué espacios existen para la infancia, sino qué formas de vida, de atención y de relación estamos permitiendo que crezcan dentro de ellos.**

Quizá por eso, al terminar esta investigación, hay una imagen que continúa acompañándome: la de esa capacidad infantil de relacionarse con la ciudad sin darla completamente por sentada.

La capacidad de convertir una calle en una aventura, una baldosa en un juego, un recorrido cotidiano en una oportunidad para imaginar algo distinto. La capacidad de detenerse ante aquello que llama la atención, de preocuparse por aquello que parece pequeño o de formular preguntas allí donde los adultos hemos aprendido a aceptar las cosas tal y como son.

No sé si la infancia posee una mirada más correcta sobre la ciudad. Probablemente no. Pero sí creo que conserva una cierta disposición a dejarse afectar por ella. Y quizá ahí resida algo importante.

Porque a medida que crecemos aprendemos a movernos por los espacios con eficacia. Aprendemos a llegar a tiempo, a optimizar recorridos, a cumplir horarios, a atravesar la ciudad sin detenernos demasiado. Sin embargo, en ese proceso también corremos el riesgo de dejar de mirar, dejar de sorprendernos, dejar de preguntarnos por qué las cosas son como son...

El archivo me hace pensar que quizá una parte importante de habitar un lugar consiste precisamente en no perder del todo esa capacidad.

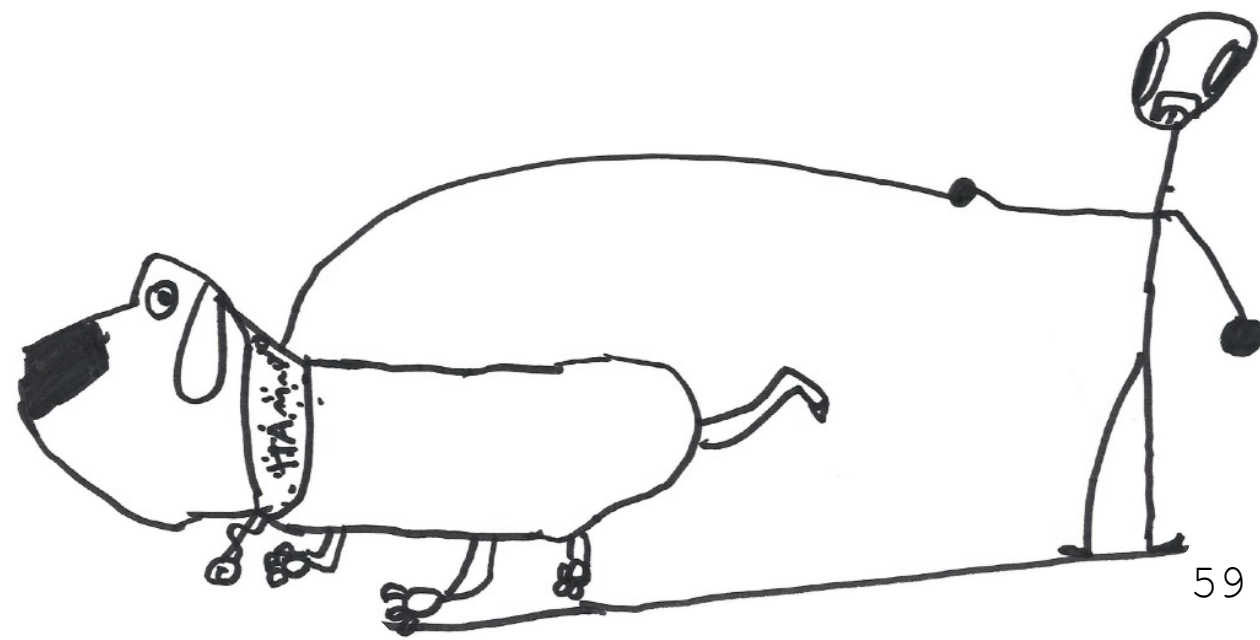
La de seguir prestando atención. La de seguir sintiéndonos afectados por aquello que ocurre a nuestro alrededor. La de seguir encontrando espacio para el juego, para la curiosidad o para el encuentro incluso dentro de los ritmos acelerados de la vida cotidiana.

Tal vez no se trate de volver a ser niños y niñas. Pero sí de preguntarnos qué aspectos de esa relación con el mundo merecería la pena conservar.

Volver a pisar una baldosa como si importara. Detenernos a observar algo que normalmente pasaría desapercibido. Saludar a alguien en el metro. Permitirnos imaginar que una calle podría ser diferente de como es.

Quizá muchas de las transformaciones que necesitamos no comienzan con grandes intervenciones urbanas, sino con pequeñas formas de atención capaces de reactivar nuestra relación con los lugares que habitamos.

Y tal vez esa sea una de las enseñanzas más valiosas que me deja este archivo: que incluso en ciudades atravesadas por la velocidad y la saturación, todavía es posible mirar el mundo como si aún pudiera sorprendernos.



Lo que permanece abierto...

Al terminar esta investigación tengo la sensación de que las preguntas no se han cerrado. Más bien se han desplazado. Han cambiado de forma, han encontrado nuevos lugares desde los que seguir siendo pensadas y han comenzado a conectarse con otras cuestiones que inicialmente no formaban parte del recorrido. Quizá por eso me cuesta entender este cierre como un punto final. Lo siento más bien como una pausa dentro de una conversación que continúa abierta.

A lo largo del trabajo he intentado comprender cómo las infancias se relacionan con el barrio, cómo construyen vínculos con los lugares que habitan y qué formas de atención emergen cuando observan la ciudad desde su experiencia cotidiana. Sin embargo, al finalizar el recorrido, me doy cuenta de que muchas de las preguntas que han aparecido durante el proceso exceden el ámbito de la infancia y apuntan hacia cuestiones más amplias relacionadas con las formas contemporáneas de habitar.

Pienso, por ejemplo, en los ritmos de la ciudad. En cómo diferentes personas experimentan un mismo territorio de maneras profundamente distintas. Mientras algunos cuerpos atraviesan las calles con prisa, pendientes de horarios, desplazamientos y obligaciones, otros parecen sostener una relación diferente con el tiempo.

Pienso especialmente en las personas mayores, en quienes permanecen durante largos periodos observando una plaza, conversando en un banco o recorriendo lentamente calles que

conocen desde hace décadas. Me pregunto qué formas de conocimiento sobre el barrio se construyen desde esa lentitud. Qué cosas pueden percibirse cuando no existe la necesidad constante de llegar a otro lugar.

También pienso en las formas de permanencia. En una ciudad atravesada por transformaciones urbanas, procesos de turistificación, movilidad constante y cambios acelerados, me pregunto qué sucede con aquellos vínculos cotidianos que se construyen a lo largo de los años. Qué ocurre con las relaciones vecinales, con las memorias compartidas o con los pequeños gestos que sostienen silenciosamente la vida comunitaria.

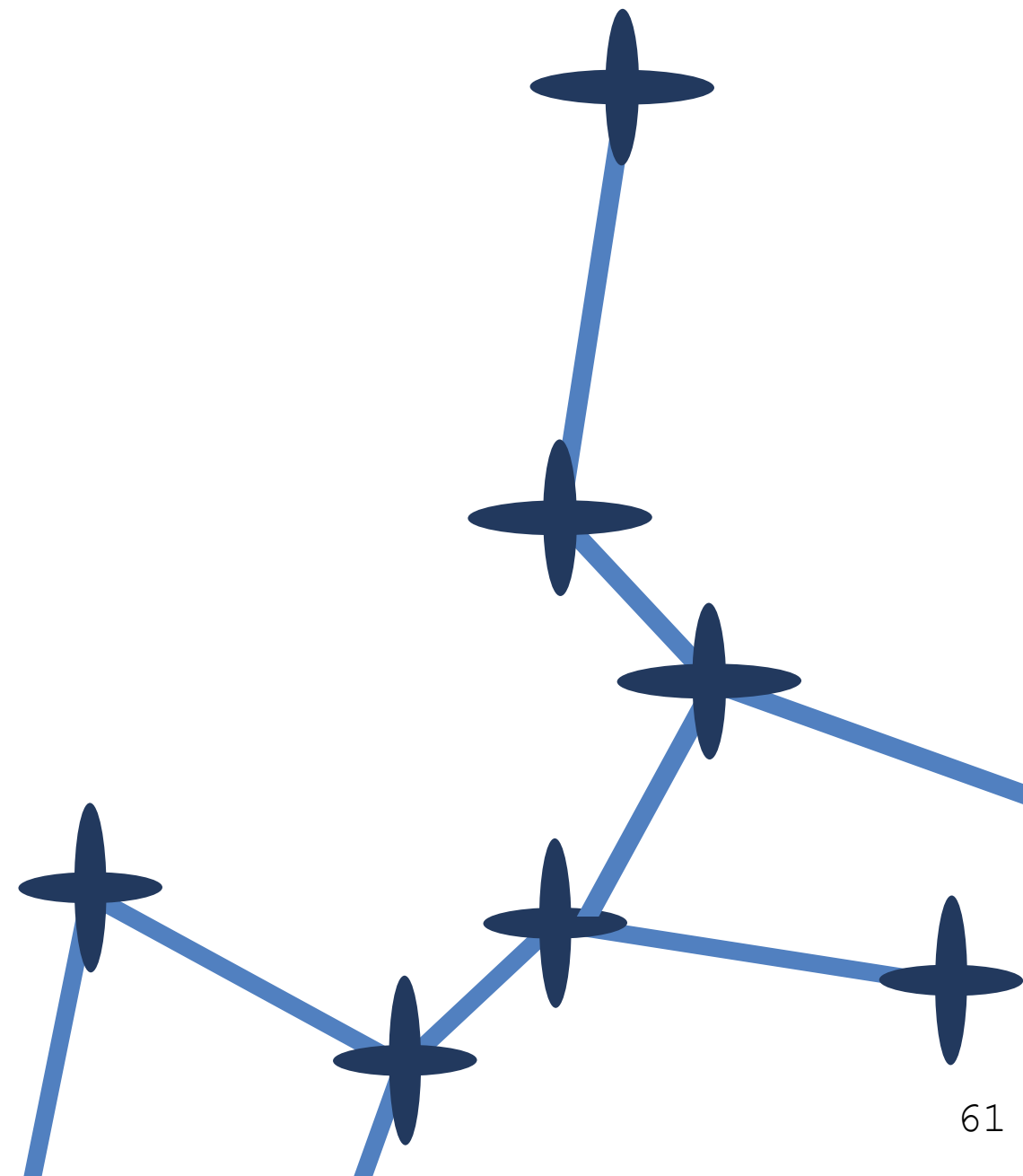
Quizá algunas de las preguntas que aparecen en este trabajo podrían seguir explorándose precisamente desde ahí: desde las personas que continúan habitando los barrios cuando todo a su alrededor parece transformarse.

De algún modo, las infancias me han llevado a mirar hacia otros colectivos que también mantienen una relación particular con el territorio. La gente mayor como he dicho, cuyos ritmos, recorridos o formas de estar en la ciudad a menudo quedan fuera de las narrativas dominantes sobre el espacio urbano. Tal vez exista un hilo invisible que conecta estas experiencias. Una preocupación común por los tiempos de permanencia, por la construcción de vínculos y por la posibilidad de seguir sintiéndose parte de un lugar.

Más que nuevas líneas de investigación, siento que estas cuestiones aparecen como caminos que comenzaron a dibujarse. Caminos que no estaban previstos al inicio y que, precisamente por eso, resultan especialmente valiosos. Porque si algo me ha enseñado este proceso es que las investigaciones no siempre avanzan hacia respuestas definitivas. A veces avanzan hacia preguntas más complejas, más abiertas y también más fértiles.

Quizá eso sea lo que más valoro de todo el recorrido. No haber encontrado una explicación cerrada sobre cómo las infancias se relacionan con el barrio, sino haber aprendido a observar con mayor atención las múltiples formas en que las personas construyen vínculos con los lugares que habitan. Haber comprendido que la ciudad no está hecha únicamente de calles, edificios o infraestructuras, sino también de tiempos compartidos, de afectos, de memorias y de relaciones que muchas veces permanecen invisibles.

Porque hay mapas que sirven para llegar a un lugar. Y hay otros que, una vez desplegados, nos ayudan a comprender de otra manera el territorio que ya habitábamos. Siento que esta investigación pertenece a estos últimos. No porque haya conseguido cerrar las preguntas que la impulsaron, sino porque me ha permitido mirar con otros ojos aquello que siempre estuvo ahí y, quizá, imaginar nuevas formas de seguir recorriéndolo.





Citaciones

BIBLIOGRAFÍA

AHMED, S., 2006. *Queer phenomenology: orientations, objects, others*. Durham: Duke University Press. ISBN 9780822339144.

BARONE, T. y EISNER, E.W., 2012. *Arts based research*. Los Angeles: SAGE. ISBN 9781412982474.

BENNETT, J., 2010. *Vibrant matter: a political ecology of things*. Durham: Duke University Press. ISBN 9780822346197.

BLOCH, E. y GONZÁLEZ VICEN, F., 1986. *El Principio esperanza*. Madrid: Aguilar.

CALVINO, I. y BERNÁRDEZ, A., 1996. *Calvino, Italo. [Città invisibile. Castellà]. Las ciudades invisibles*. 2a ed. Barcelona: Minotauro. ISBN 8445077234.

CLARK, A., 2023. *Slow knowledge and the unhurried child: time for slow pedagogies in early childhood education*. Abingdon, Oxon, England; Routledge. ISBN 1-00-305162-6.

CSICSERY-RONAY, I., 2010. **Donna Haraway**, When Species Meet. *Humanimalia*, vol. 1, no. 2, pp. 143-154. ISSN 2151-8645. DOI 10.52537/humanimalia.10111.

DUARTE QUAPPER, C., 2012. *Sociedades adultocéntricas: Sobre sus orígenes y reproducción*. *Última Década*, 20(36), 99-125. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362012000100005>

GREENE, M., 2005. *Liberar la imaginación: ensayos sobre educación, arte y cambio social*. Barcelona: Graó. ISBN 8478273581.

HAN, B.-C., 2010. La sociedad del cansancio (M. Valcarce, Trad.). Herder Editorial. ISBN 978-84-254-2785-9.

HARAWAY, D., 1988. Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, vol. 14, no. 3, pp. 575-599. ISSN 0046-3663. DOI 10.2307/3178066.

HARAWAY, D.J. y TORRES, H., 2019. Haraway, Donna Jeanne, [Staying with the Trouble. Castellà]. Seguir con el problema: generar parentesco en el Chthuluceno. Primera edición en español. Bilbao: Consonni. ISBN 9788416205417.

HOOKE, B., 2003. Teaching community: a pedagogy of hope. New York: Routledge. ISBN 9781138299887.

MANNING, E., 2016. The minor gesture. Durham: Duke University Press. ISBN 9780822361213.

MASSEY, D.B., 2005. For space. London [etc: SAGE Publications Ltd. ISBN 1412903629.

MULGAN, G., 2020. The imaginary crisis (and how we might quicken social and public imagination). UCL, Demos Helsinki & Untitled. <https://demoshelsinki.fi/publication/the-imaginary-crisis-and-how-we-might-quicken-social-and-public-imagination/>

RASMUSSEN, K., 2004. Places for children - children's places. *Childhood*, 11(2), 155-173. <https://doi.org/10.1177/0907568204043053>

ROSA, H., 2022. Remedio a la aceleración: Ensayos sobre la resonancia. Ned Ediciones. ISBN 9788416737703.

TAYLOR, D. y CONTRERAS CASTRO, A., 2015. Taylor, Diana. [Archive and the Repertoire. Castellà]. El archivo y el repertorio: el cuerpo y la memoria cultural en Las Américas. Santiago: Editorial Universidad Alberto Hurtado. ISBN 956-9320-83-4.

TONUCCI, F., 2015. Tonucci, Francesco, [Città dei bambini. Castellà]. La ciudad de los niños. Edición revisada. Barcelona: Graó. ISBN 9788499805764.

TSING, A.L., 2015. The mushroom at the end of the world: on the possibility of life in capitalist ruins. Princeton: Princeton University Press. ISBN 9780691178325.

WEBGRAFÍA

Ajuntament de Barcelona. (s.f.). Pla de barris. Recuperado el 15 de mayo de 2026, de <https://pladebarris.barcelona/>

Col·lectiu Punt 6. (s.f.). Col·lectiu Punt 6. Recuperado el 15 de mayo de 2026, de <https://www.punt6.org/>

Lumbung Press. (s.f.). lumbung Press. Recuperado el 8 de abril de 2026, de <https://documenta-fifteen.de/en/lumbung-press/>

Planea. (s.f.). El jardín de las intersecciones. Recuperado el 06 de junio de 2026, de <https://redplanea.org/proyecto/el-jardin-de-las-intersecciones/>

REFERENCIAS FOTOGRAFICAS

Las imágenes reproducidas en este trabajo forman parte del archivo visual generado durante las prácticas desarrolladas en la Escola Cervantes dentro del programa *Caixa d'Eines en Pla de Barris*, coordinado por la Fundació Joan Brossa.

Las fotografías de espacios, materiales y procesos fueron realizadas por la autora durante el trabajo de campo. Los dibujos incluidos corresponden a producciones realizadas por los niños y niñas participantes en las distintas sesiones del proyecto.

La documentación fotográfica se llevo a cabo con la autorización previa del centro educativo y en el marco de los acuerdos establecidos para el desarrollo del proyecto. La selección y reproducción de las imágenes se ha realizado respetando los criterios éticos de la investigación y garantizando la protección de la identidad de los menores participantes.

ENTRE CALLES Y PEQUEÑAS COSAS

Archivo y formas de relación de la infancia con el barrio en la ciudad contemporánea.

Aroa Aira

